



Violencia Juvenil y Orden Social en el Reparto Schick

**Juventud Marginada y Relación
con el Estado**

José Luis Rocha

**Banco
Interamericano de
Desarrollo**

**Oficina de Evaluación
y Supervisión**

**DOCUMENTO PARA
DISCUSIÓN**

IDB-DP-308

Junio 2013

Violencia Juvenil y Orden Social en el Reparto Schick

Juventud Marginada y Relación con el Estado

José Luis Rocha



Banco Interamericano de Desarrollo

2013

<http://www.iadb.org>

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusivamente de los autores y no necesariamente reflejan el punto de vista del Banco Interamericano de Desarrollo, de su Directorio Ejecutivo ni de los países que representa.

Se prohíbe el uso comercial no autorizado de los documentos del Banco, y tal podría castigarse de conformidad con las políticas del Banco y/o las legislaciones aplicables.

Copyright © 2013 Banco Interamericano de Desarrollo. Todos los derechos reservados; este documento puede reproducirse libremente para fines no comerciales.

Violencia Juvenil y Orden Social en el Reparto Schick: Juventud Marginada y Relación con el Estado

José Luis Rocha[#]

Marzo de 2013

[#] José Luis Rocha, Coordinador de investigaciones, Universidad Centroamericana, Managua, Nicaragua.

Descargo de Responsabilidad

El presente documento fue preparado en el 2012 por el Prof. José Luis Rocha, investigador en temas de violencia juvenil y pandillas en Nicaragua. Las opiniones expresadas son las del autor únicamente y no expresan ni implican el aval del Interamericano de Desarrollo, de su Oficina de Evaluación, de sus Directorio Ejecutivo, ni de los países que representan.

ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN.....	4
II.	METODOLOGÍA.....	5
III.	UN POCO DE HISTORIA: LAS INTERMITENCIAS DE LAS PANDILLAS.....	6
IV.	EL BARRIO ELÍAS BLANCO EN EL REPARTO SCHICK	19
V.	EL ACCESO A SERVICIOS PÚBLICOS EN LA ERA DE LAS EXPECTATIVAS DISMINUIDAS ...	21
VI.	LA RELACIÓN CON LA POLICÍA.....	25
VII.	ARMAS, POLICÍAS Y MUNICIONES: LOS PROVEEDORES DE MUNICIONES	28
VIII.	LA VERSIÓN DE MADRES Y PADRES.....	30
IX.	REFLEXIONES FINALES	33

I. INTRODUCCIÓN

La perplejidad ante la violencia actual en Centroamérica se basa en el supuesto de que la violencia epidémica es una situación anómala reservada a los períodos de guerra, colapso económico y extrema anomia estatal. Los acuerdos de paz de Nicaragua, El Salvador y finalmente Guatemala –con la concomitante jubilación de Honduras como plataforma de tres ejércitos extranjeros- atizaron la esperanza de que la región le estuviera dando el esquinazo a la violencia secular. Al menos cuatro cambios se avizoraban: las décadas de militarismo habían tocado a su fin, la opción por la violencia como medio predilecto para dirimir las diferencias sería una curiosa pieza de museo, el bono de la paz liberaría recursos productivos y la inversión extranjera fluiría.

En lugar de esta situación, los países centroamericanos siguen siendo escenarios de violencia y base del crimen transnacional organizado. Están expuestos a tres peligros enunciados por el sociólogo Edelberto Torres-Rivas: la reversión de las democracias aún no consolidadas, la ubicuidad de la violencia, la trivialización del horror y el terrorismo de Estado.¹ De los países más afectados por la violencia de las décadas de los 70 y 80, Nicaragua es el país que muestra menores índices de homicidios y otros delitos. Pero esos índices van en aumento, pese a toda la inversión pública y privada para aminorarlos. ¿Qué está ocurriendo?

Este informe busca aportar elementos etnográficos para un análisis valorativo de las intervenciones del programa de seguridad ciudadana implementado por la Dirección de Convivencia y Seguridad Ciudadana en 11 municipios de Nicaragua. Su cuerpo principal es una caracterización de la vida comunitaria y de algunos jóvenes, de su comportamiento y su cultura, del acceso a servicios, de las expectativas y necesidades, y de las actitudes frente a las autoridades, particularmente hacia la policía, mediante entrevistas con jóvenes en riesgo, sus padres y algunos líderes comunitarios del *Reperto Schick*, situado en el Distrito V de Managua, Nicaragua. El análisis procesa principalmente datos primarios, aunque refuerza sus argumentos mediante la referencia a reportajes periodísticos, informes sobre crimen y violencia, literatura académica especializada en el tema y documentos oficiales de la Policía Nacional y otras entidades estatales y no gubernamentales. El texto desarrolla con mayor extensión la relación con instituciones del sector público -con particular énfasis en la relación con la Policía Nacional-, la relación con los padres de familia y los elementos de la cultura popular que engarzan con -y refuerzan- la cultura pandilleril.

¹ Torres-Rivas, Edelberto, “Epilogue: Notes on Terror, Violence, Fear and Democracy” en *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Kees Koonings and Dirk Kruijt (eds.), Zed Books, New York, 1999, pp.285-300, pp.285-291.

II. METODOLOGÍA

Este informe se basa en el conocimiento acumulado sobre las pandillas en el Reparto Schick, principalmente basado en la observación participativa del autor durante 13 años de estudio de las pandillas en ese conglomerado de barrios. Para el estudio realicé 17 entrevistas a profundidad en la primera y la última semana de julio de 2012, mayoritariamente con jóvenes pandilleros y ex pandilleros del barrio Elías Blanco, uno de los barrios que integran el Reparto Schick de la ciudad de Managua. Algunas entrevistas –procurando encontrar un contraste o diferencias reveladoras- fueron aplicadas en el barrio Macaraly, también del Reparto Schick. Fueron entrevistados cuatro padres de familia y un líder local. Las identidades de los entrevistados están encubiertas mediante seudónimos que procuran mantener el tono pintoresco de sus apodos originales, los *nom de guerre* con que ganaron fama de temibles. También están encubiertas las identidades de los pandilleros mencionados, salvo en el caso de que éstos ya hayan fallecido o hayan sido mencionados en los medios de comunicación masiva. He rebautizado como “Elías Blanco” el barrio donde realicé el estudio con el fin de dificultar aún más la identificación de mis informantes, quienes confiaron en mi discreción después de que les ofrecí el anonimato.

El trabajo de campo pudo ser realizado en tiempo récord mediante el recurso a los viejos contactos y al dominio de la jerga, los nombres, las historias y las costumbres de los pandilleros del lugar, un trasfondo que sentó las bases para que rápidamente estuviéramos hablando una lengua común. Pero también fue posible y llevado a cabo de forma segura por el apoyo del pandillero que llamo Daimaku, uno de los más brillantes jóvenes que he entrevistado y siempre dispuesto a complementar las imprecisiones y vacíos de otras entrevistas. Demostrando una gran precisión y capacidad de ir directo al grano, Daimaku no sólo hizo las veces de corrector e informante clave. También fue mi guía, ese personaje imprescindible en terrenos peligrosos²: se cercioró de la seguridad de las zonas en que nos movimos, protegió mi integridad y acreditó mi honestidad ante sus camaradas.

Las entrevistas –la mayor parte de las cuales fueron grabadas- siguieron una guía semiestructurada. Procuré conceder mucha libertad a los entrevistados para que se exhibieran sobre los temas que ellos consideraban importantes y permitir así un nivel de interacción que rompiera con la coacción del “interrogatorio” y facilitara evitar clichés y respuestas estereotipadas. Aunque la mayor parte de las entrevistas las realicé a pobladores del barrio que llamo “Elías Blanco”, un grupo menor de entrevistas fueron realizadas en el barrio Macaraly para obtener un contraste y/o confirmación de la información acopiada que me permitiera distinguir lo relativamente generalizable de aquellos rasgos muy particulares de una localidad. La información recabada en las entrevistas fue clasificada de acuerdo a los temas de interés, contrastada y completada con datos estadísticos, y analizada a la luz de los hallazgos de la literatura académica que en el texto aparece citada, fuentes donde el lector puede profundizar los temas aludidos. Cuando el documento estaba en su etapa final, el segmento histórico y otros pasajes fueron enriquecidos con la entrevista a una fuente privilegiada: el pandillero

² Kapuscinski, Ryszard, *El emperador*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2008, p.27.

veterano –de 45 años de edad- apodado Picapollo, cuyos aportes ayudaron a matizar afirmaciones y corregir la cronología.

III. UN POCO DE HISTORIA: LAS INTERMITENCIAS DE LAS PANDILLAS

A grandes rasgos la evolución de las pandillas en el Reparto Schick puede ser dividida en cinco etapas: la fase pre-institucional (1988-1992), la época de oro (1993-1999), la fase de atomización (2000-2004), el período de la pacificación (2005-2009) y la fase de reingestión (2010-2012). Esta segmentación descansa fundamentalmente en mi observación participativa, pero un monitoreo de las páginas de sucesos de los principales diarios puede proporcionar suficiente base empírica para graficar estas intermitencias y fluctuaciones de la actividad pandilleril. Los cortes temporales no son nítidos. Algunas pandillas del Schick quemaron etapas y/o entraron antes o después a estas fases. La trayectoria de la pandilla del barrio Elías Blanco se ajusta fundamentalmente a esos cortes.

A la primera etapa la denominé “fase pre-institucional” porque las pandillas entonces constituidas no tuvieron una independencia orgánica y trascendencia respecto de sus integrantes originales, aunque sí una marcada influencia sobre sus sucesoras. Una vez consumado el retiro de los viejos pandilleros, vino una breve fase de receso, tras la cual surgieron pandillas que se dieron otros nombres y tuvieron otros líderes. Las primeras pandillas en el Schick fueron la Bananada (que controlaba la zona de La Aceitera y se extendía a toda la primera etapa del reparto), los Brujos (que se expandían a partir de un núcleo en Villa Cuba) y los Dragones (asentados en las Jagüitas, pero dominando el Elías Blanco, Villa Cuba y la segunda y tercera etapas del Schick).³ El surgimiento de estos grupos no fue simultáneo y su duración fue desigual. La Bananada posiblemente existió desde 1988 y extendió sus actividades hasta 1991, mientras los Dragones nacieron en 1990 y estuvieron activos hasta 1992-93. Muchos de los líderes de estas pandillas cayeron presos. Otros hicieron de enlace con la nueva generación, insertándose como líderes o asesores veteranos, encendiendo los ánimos con sus anécdotas y actuando como entrenadores, pero no consiguieron dotar de vitalidad orgánica a sus pandillas. Por ejemplo, Picapollo hizo de enlace entre los Dragones y los Rampleros, pero no pudo ni intentó frenar la desbandada de los Dragones.

Sus organizaciones carecían de la posibilidad de auto-perpetuarse inyectándose nuevos reclutas porque la base territorial estaba menos acotada. Esa base es necesaria para que se dé por descontado que los muchachos de una zona sólo pueden pertenecer a la pandilla que ahí ejerce su jurisdicción. También las pugnas por liderazgo minaron la jerarquía y cohesión que estos grupos requieren.⁴ Esas pandillas no gozaban del automatismo reproductor que tienen las instituciones sociales, dinamismo que Rodgers

³ En otras zonas de Managua operaban los Pitufos, los Mao Mao y los Barilochi, cuyas huellas se pueden rastrear en los periódicos de la época. Rocha, José Luis, *Lanzando piedras, fumando “piedras”*. *Evolución de las pandillas en Nicaragua 1997-2006*, UCA Publicaciones, Managua, 2007, p.26.

⁴ Entrevista con Picapollo, fundador de Los Dragones y de los Rampleros. Parque Lorente, Reparto Schick, 9 de septiembre de 2012.

llama “autonomía estructural”.⁵ Sin embargo, en el imaginario pandilleril son frecuentemente rememoradas como ancestros legendarios de las pandillas actuales.

Eran pandillas menos violentas. La mayoría de sus miembros y de los pandilleros actuales coinciden en que las peleas de los primeros grupos de pandilleros se efectuaban “cato a cato”⁶ o con el refuerzo de los famosos chacos que las películas de Bruce Lee habían puesto de moda.⁷ Las tiendas deportivas de lujo vendían los chacos a precios inaccesibles para los jóvenes del Schick, pero desde entonces surgió la industria de las “armas hechizas” con los chacos artesanales. Los pandilleros pintaban y tallaban los chacos para personalizarlos o “grupalizarlos” –apropiárselos grupalmente- colocando señales y logos propios de las pandillas del momento: un dragón, un pitufo, etc. El contraste entre distintos testimonios refleja que los hábitos armamentistas eran variados o podían cambiar eventualmente. Picapiedra, un miembro de Los Dragones, asegura que “los Brujos eran asesinos. A veces sacaban pistola, si se enojaban porque iban perdiendo a los turcazos y sacaban pistolas.” Los pandilleros veteranos coinciden en que a inicios de los años 90 las pandillas -recién surgidas y las sobrevivientes- usaban AK-47 en sus batallas. Picapollo aportó –primero a los Dragones y después a los Rampleros- los dos fusiles AK-47 que robó al batallón donde hizo su servicio militar. “Todos nos bateamos armas. Hasta granadas y bazucas llegamos a tener. No me preguntés de dónde salían. Pero todas las pandillas tenían. Los cholos tenían hasta Uzis. Como varios de ellos eran hijos de comisionados, los majes conseguían todo tipo de armamento.”

Esas pandillas surgieron en un momento de recesión económica. A finales de los años 80 en Nicaragua el gobierno sandinista aplicó el primer ajuste al gasto fiscal que implicó una reducción en la provisión de servicios sociales y de empleo en el sector público.⁸ Los barrios populares, cuya población era beneficiaria de una política social que priorizaba a las ciudades y fundamentalmente a Managua, resintieron el ajuste por el marcado contraste y por lo abrupto. La delincuencia desorganizada floreció junto a otros fenómenos de contracultura.⁹ Por ejemplo, los tradicionalmente reprimidos homosexuales –en una cultura dominante tan marcadamente machista como la nicaragüense- salieron del closet a manifestar una forma inédita de rebelión: la reivindicación de su heterodoxia sexual y obtuvieron puestos importantes en las organizaciones de base.¹⁰ Probablemente este fenómeno estuvo vinculado a una mayor

⁵ Rodgers, October 2003, p.8.

⁶ A puño limpio, sin armas.

⁷ Sosa, Juan José y Rocha, José Luis, "Las pandillas en Nicaragua", en *Maras y pandillas en Centroamérica*, Vol. I, UCA Publicaciones, Managua, 2001, pp.333-430, p.359.

⁸ Equipo Envío, “Por la paz y por un modelo económico más popular”, *Envío*, no.85, julio 1988, <http://www.envio.org.ni/articulo/566>

⁹ Por ejemplo, el Índice Delictivo Demográfico pasó de 26 a 72 delitos por cada 10,000 habitantes entre 1983 y 1988. Granera Sacasa, Aminta y Sergio J. Cuarezma Terán, *Evolución del delito en Nicaragua (1980-1995)*, Editorial UCA, Managua, 1997, pp.24-25.

¹⁰ Lancaster explica que algunos habían ganado reconocimiento y aprecio en la comunidad de la misma manera que los sacerdotes derivan su carisma de una vida de celibato y servicio. Lancaster, Roger N., *Life is hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*, University of California Press, Oxford, 1993, p.254.

participación femenina en el mercado laboral¹¹ –con la consiguiente crisis de los tradicionales roles de género-, pero, en cualquier caso, fue una manifestación de los brotes de desafío a la cultura dominante de la cual las pandillas formaron parte. En una época en extremo militarizada, las pandillas eran un intento de romper en el área urbana el férreo monopolio estatal de la violencia y de la organización militar y escenificar lo que Kruijt y Koonings han llamado penetrantemente “la democratización de la violencia”.¹²

El período de la transición de una economía planificada a una economía de mercado¹³ tuvo el efecto de producir una mutación en las pandillas hacia formas primero más violentas y posteriormente más institucionalizadas. Durante ese período también se recrudeció la violencia en las zonas rurales con la reactivación de bandas insurgentes compuestas de ex miembros del ejército y la resistencia. La mera unión de grupos anteriormente enfrentados daba cuenta del carácter desideologizado de sus demandas. Su carencia de vínculos institucionales expresaba la democratización de la violencia.¹⁴ Es plausible la hipótesis de que el final de la guerra y un cambio de régimen elevaran momentáneamente las expectativas incluso entre los simpatizantes del FSLN. Las emigraciones internacionales –de la misma manera que las pandillas- experimentaron un período de transición en 1991-1994, que en el caso de las migraciones adoptó la forma de una mengua y posteriormente de un cambio de destino.¹⁵ Pero a mediados del gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, sucesora de Daniel Ortega, estaba muy claro quiénes eran los perdedores de la aplicación de los sucesivos programas de ajuste estructural: los empleados “supernumerarios” de las ciudades –precedentes en gran parte de los barrios populares- que no pudieron ubicarse en las ONGs, la enorme y emergente fuente de empleo, sustituto disperso y variopinto del estado de bienestar y

¹¹ Desde fines de los 80 el peso de las mujeres en el mercado laboral agrícola era sustancialmente elevado. Según Vilas “hacia 1987-88 las mujeres representaban más del 70% de la mano de obra en la cosecha de tabaco, más del 80% en la del café y 60% en la del algodón.” Vilas, Carlos M., *El legado de una década*, Lea Grupo Editorial, Managua, 2005, pp.55-56. Esta situación se extendió ulteriormente a las ciudades y se agudizó. Bickham calculó que entre 1990 y 2000 las mujeres saltaron del 25 al 47% de la población económicamente activa como parte del fenómeno global de feminización de la fuerza laboral. Bickham Méndez, Jennifer, *From the revolution to the maquiladoras: Gender, labor, and globalization in Nicaragua*, Duke University Press, Durham and London, 2005, p.37.

¹² Kruijt, Dirk y Kees Koonings, “Introduction: Violence and Fear in Latin America”, in K. Koonings and D. Kruijt (eds), *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, London: Zed Books, 1999, p.11.

¹³ El cambio de gobierno de 1990 hacia una administración que procuró aplicar con severidad el programa de ajuste estructural, cambió las reglas del juego: restricción de las intervenciones del Estado, menos transferencias sociales, reducción de aranceles, eliminación del monopolio estatal sobre el comercio exterior, liberalización de precios mediante la eliminación de controles y subsidios y privatización de 350 empresas estatales del Área Propiedad del Pueblo (después Área Propiedad de los Trabajadores). Para profundizar en este giro ver Avendaño, Néstor, “El ESAF: Alcances y limitaciones de un programa financiero. Una evaluación técnica de los criterios de desempeño” en *ESAF: condicionalidad y deuda*, CRIES, octubre de 1996, p.30 y Evans, Trevor, *Liberalización financiera y capital bancario en América Central*, CRIES, Managua, Nicaragua, 1998, p.44.

¹⁴ Ver mi historia del Frente Unido Andrés Castro (FUAC). Rocha, José Luis, “Breve, necesaria y tormentosa historia del FUAC”, Envío, no.232, julio 2001, <http://www.envio.org.ni/articulo/1089>

¹⁵ Cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de Medición de Nivel de Vida arrojan que por cada nicaragüense que emigró en 1991-1994, en 1980-1990 y 1994-1997 emigraron 1.5 y 1.7, respectivamente.

del estado desarrollista.¹⁶ Pasó en Nicaragua lo que el escritor mexicano José Agustín relata sobre el México de Miguel de la Madrid: “En el México delamadridista de los ochenta, los años de la crisis, se desplomó el viejo mito estudia-trabaja-y-sé-feliz. Si todo se les cerraba, si se les deparaba el último escalón social, las bandas canalizaron su energía juvenil en una extrema violencia. Ya no se trataba de navajas, cinturones y cadenas, sino que abundaban las pistolas y en las grandes broncas de las bandas no faltaban los muertos.”¹⁷

La nueva generación de pandillas del Schick dio un salto tecnológico. El arsenal de componía principalmente de las siempre disponibles piedras, tubos, lanzamorteros, garrotes y machetes y era reforzado con objetos corto-punzantes de gran variedad de tamaño, grosor y categoría: desde navajas, puñales, punzones para picar hielo y pedestres cuchillos de cocina hasta la muy letal verduguilla, que por su acerada textura y su delgada hoja penetra con una mínima oposición del tejido muscular y se hunde en los órganos vitales con efecto mortal. “La verduguilla sirve más para amenazar en los robos, pero no se la negamos a nadie”, cuenta Lázaro Pacheco, dando a entender que resistirse a un atraco provoca el paso de la amenaza a la acción.

Las pandillas que surgieron en los 90 fueron mucho más violentas que sus predecesoras. A mediados de los años 90 surgieron los Cancheros, los Comemuertos, los Rampleros y los Raperos. Fueron la primeras cuatro pandillas del Reparto Schick en esa nueva etapa. Daimaku recuerda: “En 1996 yo tenía 12 años y entonces surgió la pandilla de la Rampla. Le pusieron así porque aquí no era pavimentado. Aquí donde estamos hablando había antes un guindo, un gran zanjón, como un cauce. Las casas estaban a los lados y había unas ramplitas pequeñas. Como había esas ramplas, la pandilla quedó con el nombre de los Rampleros. El zanjón y las ramplas desaparecieron cuando hicieron la carretera. Yo me integré a los 14 años.” Después surgieron los Aceiteranos, los Bambanes, los Bloqueros, los Plo, los Cholos y los Power Rangers, entre otras. Todas esas pandillas están activas en la actualidad, aunque sus niveles de beligerancia –muy similares en 1998- varían en la actualidad. En 1998 la Policía Nacional registró la actividad de las pandillas en siete departamentos del país: 102 pandillas y 1,370 miembros, de los cuales 372 fueron detenidos. En Managua detectó a 60 grupos y 753 integrantes.¹⁸ La Policía dijo haber desarticulado a dos pandillas del Reparto Schick: La Pradera y Los Comemuertos, pero estas pandillas continuaron su actividad, sin hacer caso de las estadísticas minimalistas y el discurso triunfalista de la policía.

Las nuevas pandillas estaban mejor armadas y más entrenadas, como ocurrió en México con el salto de una a otra generación de pandillas: “Los Sex Panchitos fueron liquidados, pero ya era tarde. Nuevas, numerosas y feroces bandas aparecieron en los barrios pobres de las ciudades, especialmente la de México y Guadalajara. Se llamaban los Verdugos, los Salvajes, los Lacras, los Mierdas Punk o las Capadoras, una banda de chavas gruesas.”¹⁹

¹⁶ Según Vilas existían 20 ONGs nacionales en 1989. Vilas, 2005, p.60. Veinte años después, el directorio de ONGs registró 322. Centro de Apoyo a Programas y Proyectos (CAPRI), *Directorio ONG de Nicaragua 1999-2000*, CAPRI, Managua, 1999.

¹⁷ José Agustín, *La contracultura en México*, Debolsillo, 2008, p.109.

¹⁸ Policía Nacional, *Anuario estadístico 1998*, Managua, p.138.

¹⁹ José Agustín, 2008, p.108.

En aquel momento la lucha por el territorio era un asunto clave. De ahí los nombres. Los nombres de las pandillas frecuentemente aluden al nombre del barrio (la aceitera para los Aceiteranos, Los del Urbina, Los de la 18) o a un elemento clave en el territorio bajo su control (los Colchoneros, los Billareros, los Bloqueros, los Rampleros). El territorio es la zona que administran. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman ha identificado el repliegue hacia la territorialidad como sintomática de una época de incertidumbre: “En un mundo de creciente inseguridad y falta de certezas, es intensa la tentación de retirarse al refugio seguro de la territorialidad. Así, la defensa del territorio –el ‘hogar seguro’- se convierte en la llave maestra de todas las puertas que hay que cerrar para evitar la triple amenaza al bienestar espiritual y material.”²⁰

El barrio es el micro-universo en el que pueden poner orden y hacer valer su ley. El juvenólogo colombiano Carlos Mario Perea Restrepo observó en Bogotá un rasgo que aplica a Managua: “El pandillero no se marcha del barrio. Ahí reside su diferencia con el habitante callejero, cuya morada en las calles de la ciudad supone el quiebre del lazo instituido.”²¹ El pandillero toma su identidad del barrio y ahí se atrincheró y lucha. Es una dinámica similar a la que José Agustín encontró en México: “Las bandas, como antes las pandillas, tenían al barrio como territorio sagrado, las calles era lo único que poseían y muchos de los pleitos ocurrían a causa de las expediciones invasoras de otras bandas, usualmente del mismo barrio. Dentro de la banda había que probarse a chingadazos y aprender a atracar. Volverse el machín, y aquí el término no significaba tanto “macizo”, sino el jefe de la banda, que era eminentemente machista. Todos recibían un apodo, lo que equivalía a una iniciación, una nueva identidad (yo soy la banda).”²²

Las motivaciones seguían siendo similares: sus amigos estaban ahí y los convencieron de participar, la emoción, la adrenalina, la fama, la oportunidad de sentirse el *master*. Antes que otra cosa, la pandilla es un grupo de amigos. Debido a que los pandilleros tienen muchas experiencias similares -tensiones familiares, fracasos académicos, y carencia de interés en actividades legítimas- la pandilla los provee de una solución colectiva al problema de la identidad. Pero también al tema del poder y la autoestima. Andar engavillados da poder, porque la pandilla acuerpa a sus miembros; da prestigio, porque las actividades de la pandilla reciben mucha una publicidad que trasciende incluso las fronteras del barrio. La familia es una esfera de socialización de escasa importancia para los pandilleros. Muchos de ellos tuvieron que andar en la calle desde niños, vendiendo agua, gaseosas, raspadita. Socializaron en la calle con sus iguales. "La pandilla es mi familia", nos aseguró uno de ellos. La mayor lealtad, por consiguiente, se debe a sus "bróderes" de la pandilla.

Hay mucha *agency* en su decisión de ingresar a la pandilla. El adolescente escoge pertenecer a un grupo al que sus amigos ya pertenecen, independientemente del rigor educativo al que haya sido sometido. Así lo recuerda César: "Cuando yo estaba más chatel, mis padres me pusieron mano dura. Me pegaban para que no fuera un vago. El problema, entonces, no es de educación, ni de tener o no tener mano dura. Eso puede ser

²⁰ Bauman, Zygmunt, *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp.152-153.

²¹ Perea Restrepo, Carlos Mario, “Un ruedo significa respecto y poder. Pandillas y violencia en Bogotá”, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 29(3), 2000, pp.403-432, p.408.

²² José Agustín, 2008, p.109.

importante, pero no siempre. El problema es que te gusta ese 'feeling', andar de pandillero. Las amistades lo llevan a uno. Vos te integrás porque ahí están tus bróderes." Los amigos son un imán. Y la amistad necesita espacios y tiempos para consolidarse. Posteriormente los amigos se jerarquizan. La pandilla es una oportunidad para definir distintos grados de amistad. De acuerdo a lo que nos expuso el Cejas: "No hay muchos amigos. Aunque en la pandilla todos nos hablamos, sólo con algunos nos llegamos a hacer compadres. Sólo con el compadre se hacen préstamos de reales. No con todos podemos ser compadres, porque en la pandilla hay muchos a los que casi no conocemos."

La vida en pandilla genera una historia común, un intercambio constante de conocimientos y un fortalecimiento de los lazos de amistad. Aunque el aspecto delincencial sea el que más destaque para el observador externo, la motivación fundamental para sus miembros es acceder al espacio más inmediato de socialización y fuente de identidad. Por eso, incluso los pandilleros retirados y conversos, no tienen ningún problema con que sus hermanos menores eventualmente sean miembros de la pandilla. De hecho, entre los entrevistados estaban dos pares de hermanos: los mayores eran pandilleros retirados y los menores estaban activos.

No tienen ningún problema con los jóvenes que no entran a las pandillas. Estos pueden dividirse en al menos tres categorías:

- a) Los vagos, que pasan el día en la calle, fumando crack o mariguana. Sólo son censurados si evitan participar en la defensa del barrio cuando éste es atacado por una pandilla rival.
- b) Los "chavalos decentes", que estudian en la universidad y/o van al culto en un templo evangélico o realizan otra actividad socialmente plausible. No son requeridos para prestar su "servicio militar" en defensa del barrio porque la calle no es su ámbito. Suelen tener buenas relaciones con los pandilleros y, ocasionalmente, les sirven de puente con el mundo legal, formal, el mainstream.
- c) Los "ponqui", peluches o fresones.²³ Son los que pretenden pertenecer a un sector social más elevado y rehúyen el trato con los pandilleros. No suelen ser atacados más que verbalmente. Son considerados cobardes y por ello reciben la etiqueta de "peluches", "giles", "vaciados". Si han visto el programa mexicano "el Chavo del ocho", el personaje llamado Quico es el prototipo de "ponqui".

Las pandillas tenían un código y un régimen de exigencias orientadas a seleccionar y entrenar machos aguerridos. "En las pandillas hay reglas –recuerda Maule-. Si alguien quiere entrar se le dice 'Tenés que cumplir las reglas o te vas'. Para entrar en la pandilla uno tiene que demostrar su valentía. Ir a un pleito de pandillas y pelear con piedras y machetes. Y si agarran a uno, lo lanzan al nuevo que vaya primero a pegarle: a desmayarlo o mandarlo al hospital para demostrar que uno va en serio empandillado. Segundo, si tenemos que enfrentarnos a los puños con un pandillero de la otra pandilla, si no lo hacemos, nos dicen que somos cobardes, que no servimos para estar en la pandilla, que mejor nos retiremos, porque ellos quieren gente que sea aventada. Nos mandan a desbaratar a otra persona. A ser atroces, más que todo. Y tercero, si nos

²³ Sosa, Juan José y Rocha, José Luis, 2001, p.430.

agarraba la policía en un pleito de pandillas –por ejemplo, si nosotros estábamos con una pistola y baleábamos a alguien-, nosotros no teníamos que hablar nada: decir ‘yo no fui, yo no sé’. Decir nada. Cerrarse, pues. Si uno venía y bombeaba a los demás, entonces le echaban a dos o tres de la misma pandilla para que lo agarraran y lo masacraran y lo echaran de la pandilla. Por bombín, porque no querían a los que andaban bombeando.” Otro elemento clave del código pandilleril era el respecto al barrio. Los robos y ataques eran perpetrados en otros barrios. Ante sus vecinos, los pandilleros aparecían como defensores del barrio. Por eso concitaban el silencio, la complicidad e incluso la colaboración activa de sus vecinos. Los asesinatos de pandilleros a manos de ciudadanos armados de pistolas o AKs, únicamente ocurrían fuera de su territorio.²⁴ Como en el caso del ataque conjunto y legendario de los “Comemuertos” y “los Bloqueros” al barrio 30 de mayo, donde Paulina Rubio, el Frijol y Piedrín cosecharon fama nacional.²⁵

El adiestramiento moral, que tocaba las fibras más sensibles del machismo, era un elemento imprescindible del entrenamiento para las luchas. Así lo relata Daimaku:

“Para demostrar que yo andaba sobre, me iba de primero, con los que iban adelante. Una vez agarramos a un maje y le tuve que dar con un tubo porque me dijeron ‘Si no lo hacés, ya no te volvás a aparecer. Mejor desaparecete de la pandilla porque para qué queremos gente cobarde, gente que no va a lanzarse. Aquí queremos gente sobre.’ Entones tuve que darle duro en la cabeza. Ahora otra cosa que también nos decían: ‘Si agarran un enemigo, delen de humo a donde le den. Y lo pueden hasta matar, mejor. A darle sin pesar, porque si te agarran los demás, los que andan con él, no te van a dar despacito, te van a dar de humo, te van a dejar muerto si es posible.’ Entonces nosotros teníamos que darle lo más fuerte que pidiéramos para desmayarlo, mandarlo al hospital, dejarlo en cama... Si nos agarraban lo de la otra pandilla no nos iban a perdonar. Aunque nosotros no quisiéramos teníamos que darle de humo. Ahí en las pandillas hay personas que los entrenan a los pandilleros nuevos y les enseñan cómo usar el machete. Enseñan desde la forma de esconderlo dentro del pantalón. Te enseñan que hay que esperar a estar a menos de diez metros para sacar los machetes y pistolas que uno trae y ya nos daba tiempo a los otros pandilleros de correrse. Todo eso nos explicaban los veteranos. Y aparte de eso había como cinco o seis majes que eran buenos a los catos, a los golpes. Y ellos nos entrenaban por si en un caso teníamos que enfrentarnos a los golpes, cuerpo a cuerpo, con los de la otra pandilla, teníamos que estar preparados para que no nos vergueran. Porque si nos vregueban los otros, iban a decir ‘Huy, les ganamos. Son peluches ustedes.’ Si yo iba en el grupo y venía alguien y me decía ‘Con vos me quiero agarrar yo’, entonces yo tenía que decirle que sí y decirle ‘Va, pues. Vení para acá.’ Y me empezaba a agarrar: barambambam... Ahí el que ganara. Así era en las pandillas. Si alguien te reta, tenés que pelear. Si no lo hacés, te dicen ‘Huy, sos peluche, sos vaciado, sos cagado.’ Y después de eso, en la pandilla de nosotros, nos andan diciendo ‘No, hombre, ¿para qué vamos a llevar a este maje al pleito, si es cagado, es vaciado?’ Ya las chavalas no se interesan en uno. Y uno lo hace para sentirse bien y también para agarrar popularidad, con las chavalas más que todo. Las

²⁴ Aguirre Aragón, Sergio, “Sobreséen al que hizo justicia con sus manos”, *El Nuevo Diario*, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/1999/julio/19-julio-1999/sucesos/sucesos4.html>

²⁵ Carrillo, Silvia, “Pandilleros hieren a niña en batalla campal, Bala perdida se le alojó en el pecho”, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/1999/enero/05-enero-1999/sucesos/sucesos1.html>

chavalas dicen ‘Mirá, ese majee es sobre; yo quiero andar con él porque no se deja de nadie y yo sé que no va a dejar que alguien me haga algo malo.’ También lo hacíamos para que nos respetaran los otros. Para que supieran que si nos hacían una letra, les íbamos a caer. Por eso nos entrenaban: para que nos respetaran. Nos decían: ‘Si vos venís y dejás que alguien te esté mangoneando, te diga peluche y te meta tu cato y vos no hacés nada, siempre te va a vivir agarrando como peluche. Tenés que defenderte, aunque te malmaten o te ganen, pero no les demostrés miedo.’ Todo eso nos lo decían a nosotros como parte del entrenamiento. Por eso cuando yo andaba en las pandillas, era bastante sobre. Me gustaba ir adelante porque sentía más energía, más alegre. No me gustaba andar atrás. Decía yo ‘¿Para qué voy a andar atrás? Atrás sólo andan los vaciados, los cagados. Y aquí adelante vamos sobre. Aquí adelante miro a quién le doy y a quién no.’ Por eso siempre andaba el machete. Aunque anduviera en el bus, por si salía un enemigo y había que matarse con él adentro del bus.”

Una de las leyendas de la época fue el fundador de la Rampla, el Yonqui. “El mero jefe de la Rampla era el Yonqui –cuenta Daimaku-. Era el que nos mandaba a todos. A él lo mataron los Cancheros y los Aceiteranos. Envueltos en un trapo ellos traían un AK y un hacha para picar leña escondidos. Cuando él miró a la pandilla, como él era sobre, no se corrió. No le tenía miedo a nadie. Pero los otros sacaron un AK y lanzaron un rafagazo. Eso fue en 1999.” Los Rampleros construyeron una historia-arquetípica con los retazos de sus recuerdos. Formularon una típica leyenda de héroe: el hombre invencible que sólo puede ser vencido mediante engaños y cae víctima de su propia confianza, un forzado que sólo puede ser vencido por un batallón. Las pandillas, más obviamente que otros grupos contraculturales, tienen hambre de mitología y se convierten en mitómanos. La época de oro del pandillerismo (1994-1999) es pletórica en mitos fundacionales. Hay muchas razones para esta afición de los pandilleros: la mitología proporciona significados, alivia la desesperación, ubica nuestras vidas en un contexto más amplio, nos convence –en contra de la deprimente y caótica evidencia- de que la vida tiene un valor, nos sumerge en vivencias intensas y nos muestra cómo debemos comportarnos.²⁶

La mitomanía recogió material de las aventuras que algunos pandilleros habían vivido mientras prestaban su servicio militar en los años 80. Los ex-reclutas no sólo querían experimentar nuevamente la adrenalina de las batallas, sino también reproducir el espíritu de camaradería y la división maniquea de la sociedad de las que su “adiós a las armas” y las nuevas reglas del juego político los habían privado.²⁷ Estos dispositivos generaban una sólida cohesión grupal. Movilizando entre 40 y 80 pandilleros, los líderes de estas pandillas urbanizaron los escenarios de la violencia, haciéndola más democrática y desideologizada. Los padres y madres de los pandilleros de ese entonces solían negar que sus hijos fueran miembros de las pandillas. En todo caso, su incomodidad se refería a los pandilleros rivales que entraban a atacar el barrio. Explicaban la existencia de pandillas y su violencia recurriendo a una suerte de mito: “Los pandilleros son los hijos de esas muchachas que iban a la alfabetización y a los

²⁶ Armstrong, Karen, *A short history of myth*, Canongate, Edinburgh, 2005, pp.2-4.

²⁷ Rodgers, Dennis, October 2003, “Dying for It: Gangs, Violence, and Social Change in urban Nicaragua”, London School of Economics, Crisis States Programme, Working Paper No.35,

<http://www.crisisstates.com/download/wp/wp35.pdf>, p.7.

cortes de café para acostarse con cualquiera.” En otras palabras, el pecado del libertinaje trajo al mundo niños sin control, marcados por la anarquía desde su concepción.

El consumo de drogas era limitado a determinados tiempos y variedades. Olían el tipo de pegamento que usan los zapateros y consumían principalmente marihuana. El “churro” sólo ocasionalmente era condimentado con pequeñas dosis de *crack*, transformándose en un “bañado”. Nunca se drogaban para ir a combatir. Las batallas – sentido y motor de su identidad y su fama como pandilleros- demandaban lucidez. Las reyertas se realizaban con piedras, tubos, palos, lanzamorteros, machetes y otros objetos cortopunzantes. De vez en cuando aparecía un AK-47 facilitada por un adulto para repeler rápidamente las incursiones de pandillas rivales. La escalada de violencia y calibre de las armas podía elevarse en cuestión de minutos.

La policía puso fin a esta época de oro con la aprehensión y confinamiento de los principales cabecillas de estos grupos. En 1999 detuvo a 706 pandilleros y aseguró haber dejado a una sola pandilla activa en el distrito V.²⁸ Pero su intervención tuvo lugar entre seis años o más después de la fundación de las pandillas y éstas ya tenían un mecanismo de crecimiento vegetativo que mitigaba el efecto de las defunciones, desertiones, encarcelamientos, conversiones y jubilaciones. Un año después la Policía contabilizó 133 pandillas y 2,576 pandilleros, cifras inferiores a las 176 pandillas y 2965 pandilleros de 1999, pero bastante altas.²⁹ La Policía no tomó nota de que su dinámica estaba cambiando.

En el barrio Elías Blanco, cuenta Daimaku, “después del Yonqui, quedó Fanor, que era el segundo al mando, la mano derecha. Ése quedó en reposición del Yonqui. Le decían el Cabezón, porque tenía una gran cabeza. A ese lo mataron los Comemuecos. Lo agarraron detrás de donde vivimos nosotros, en un predio vacío. Ahí lo mataron. Lo agarraron y le enrollaron un hierro y lo dejaron asfixiado. Luego asumió Miguel Atolillo.” Y ahí terminó la edad de oro y sus jerarquías. Le siguió una etapa anárquica, que afectó de forma muy desigual a las pandillas.

La fase de atomización (2000-2004) tuvo a las drogas como gran catalizador de la actividad pandilleril. El oficio de muleros (vendedores ambulantes de *crack*) se convirtió en una fuente de ingresos de muchos jóvenes. Esa labor requería discreción y movilizarse de manera individual.³⁰ Las pandillas no se extinguieron completamente en este período. Incluso surgieron dos nuevas: en el 2000 aparecieron los Sucios en el barrio 20 de mayo y los Cartoneros en el barrio Naciones Unidas. Son las pandillas de más reciente formación, como también lo son sus barrios, de viviendas muy precarias. Los Cartoneros eran apodados así por vivir en casas de cartón.

Los enfrentamientos fueron más esporádicos, aunque la presencia de armas industriales –pistolas, sobre todo- era más frecuente.³¹ Los vecinos no hablaban tanto de pandilleros, sino de “chavalos vagos”, que pasaban el día en la calle fumando *crack* y oliendo pega.

²⁸ Policía Nacional, *Anuario estadístico 1999*, Managua, p.147.

²⁹ Policía Nacional, *Anuario estadístico 2000*, Managua, p.122.

³⁰ Rodgers, Dennis, marzo 2004, “La globalización de un barrio ‘desde abajo’: Emigrantes, remesas, taxis y drogas”, *Envío*, no.264, pp.23-30.

³¹ Rodgers, Dennis, noviembre 2004, “Pandillas: de la violencia social a la violencia económica”, *Envío*, no.272, <http://www.envio.org.ni/articulo/2657>

Como empezaron a asaltar a los miembros del propio barrio, se convirtieron en un peligro para sus vecinos y también para ellos mismos, pues esta etapa fue pródiga en asesinatos entre miembros de la misma pandilla.³² Su capital social se erosionó y perdieron prestigio.³³ Un ejemplo de ese descenso fue la transformación de los Búfalos en los Roba-patos, una degradación especialmente emblemática si se tiene en cuenta que en el *slang* juvenil de Nicaragua “búfalo” es sinónimo de “cool” o “super”.

Cuando las pandillas estaban en el pico de su desarticulación (2005-2009), las intervenciones de ONGs –a veces de la mano de la policía y con apoyo de distintas iglesias- se multiplicaron. El Patriarca y Los Quinchos habían empezado tímidas y erráticas intervenciones desde 1998.³⁴ En muchos barrios –como el Elías Blanco- trabajaron las sicólogas del Centro de Prevención de la Violencia (CEPREV). El Centro Juvenil Don Bosco de los salesianos ofreció deportes y capacitaciones vocacionales, con transporte incluido: un bus recogía a los jóvenes en sus barrios. El programa “Adiós tatuajes” borraba los tatuajes para eliminar el estigma de los pandilleros retirados.³⁵ En unos barrios intervino la Asociación Nicaragua Nuestra. En otros FUNPRODE y Casa Alianza ofrecieron becas y charlas. La Fundación DIANOVA y el Centro ODERA se concentraron en la rehabilitación de drogadictos.³⁶ El factor clave en el caso del CEPREV fue un acompañamiento constante a los pandilleros y a sus familias. El CEPREV tiene un grupo de psicólogas que visitan los barrios con mucha regularidad. También llevan a los muchachos a su sede para darles charlas y hacerlos sentir que son ciudadanos valiosos y que pueden tener una relación colaboradora con profesionales que los aprecian. Y finalmente, el CEPREV creó una asociación de líderes de paz para mantener a las pandillas, pero cambiándoles de signo: los jóvenes mantienen su protagonismo y su liderazgo es socialmente benéfico. Este *boom* de intervenciones quizás impactó incluso a pandillas que no recibieron atención directa. Otra hipótesis es que la pacificación fue un punto culminante de la atomización en el ciclo vital de las pandillas.

Muchas pandillas, de antemano debilitadas por un proceso de atomización y pérdida de prestigio, entraron en una fase de receso, que entonces pareció una conversión masiva y definitiva suspensión de actividades. En realidad, el proceso de atomización se había profundizado, como ocurrió en el barrio Fanor Hernández estudiado por Rodgers, quien describió el contraste entre el viejo y el nuevo estilo de la pandilla:

³² García, Lisbeth, Niegan ser "Rampleros" y haber participado en crimen, *El Nuevo Diario*, 23 de octubre de 2002, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/2002/octubre/23-octubre-2002/sucesos/sucesos1.html> González Silva, Moisés, “La muerte de un Ramplero”, *El Nuevo Diario*, 22 de octubre de 2002, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/2002/octubre/22-octubre-2002/sucesos/sucesos4.html> Alemán, Luis, “Caen pandilleros señalados de matar a su ‘compañero’”. *La Prensa*, 22 de octubre de 2002, <http://archivo.laprensa.com.ni/archivo/2002/octubre/22/sucesos/sucesos-20021022-04.html>

³³ Rocha, 2007, p.32.

³⁴ Sosa y Rocha, 2001, p.402.

³⁵ Rocha, José Luis y Wendy Bellanger, “Pandillas juveniles y rehabilitación de pandilleros en Nicaragua”, *Maras y pandillas en Centroamérica. Políticas juveniles y rehabilitación*, volumen III, ERIC-IDIES-IUDOP-Nitlapán-DIRINPRO, UCA Publicaciones, Managua, 2004, pp.293-399, pp.361-372.

³⁶ Bellanger, Wendy, “La sociedad civil ante la violencia juvenil en Nicaragua”, *Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada*, volumen IV, UCA Editores, San Salvador, 2006, pp.329-400, p.377.

“la verdad es que las pandillas nunca hostigaron ni atacaron a la gente de su propio barrio de manera directa y siempre intentaron protegerla durante el desarrollo de estas guerras. La población del barrio se veía afectada por las “otras” pandillas, con las que se combatía siempre en la forma prescrita, precisamente para limitar el alcance de la violencia en el propio barrio, creando así una especie de “asilo seguro” y predecible a sus habitantes. En un contexto más amplio de violencia e inseguridad crónicas, que era el de la ciudad en general, esto resultaba positivo, aunque no siempre efectivo. (...) Y así, pude observar entre los pobladores una identificación con la pandilla del barrio, convertida en punto de referencia de una identidad colectiva para una comunidad muy desintegrada. Desde este punto de vista, la pandilla y sus patrones de comportamiento servían a la organización colectiva de aquel barrio, aunque de forma más paliativa que instrumental. Tan singular orden local no podía ser ni viable ni sostenible. Cuando regresé al barrio cinco años después, en 2002, lo comprobé. Habían ocurrido cambios radicales tanto en la pandilla como en el barrio. En el año 2002 la pandilla ya era más pequeña. (...) Nuevas actividades violentas e ilícitas habían reemplazado a las que yo había conocido hacía cinco años. (...) Lo más dramático era que la ética de “querer al barrio” había desaparecido. A los pandilleros ya no les interesaba la comunidad y ahora se aprovechaban de su población. Como me dijo Roger, un pandillero: ‘Ya no cuidamos a la gente del barrio. Si les roban, si tienen un problema, ¿qué nos vale a nosotros? No levantamos ni un dedo para ayudarlos. Sólo nos reímos, hasta aplaudimos a los majes que les roban. Ahora no les hacemos caso, nos vale verga.’ Una variedad de factores contribuyeron al cambio en la dinámica de las pandillas. Quizás el más importante fue la aparición de las drogas duras, especialmente de la cocaína en forma de piedra de crack.³⁷

El consumo de droga, los homicidios bajo efectos de la droga y el robo para obtenerla fueron más altos que nunca. Era más frecuente la muerte de pandilleros por sobredosis de cocaína que en el campo de batalla. La droga fue móvil, objetivo o telón de fondo de los asesinatos, como ocurrió con el legendario Moya de los Rampleros: “Las autoridades del Distrito Seis de Policía confirmaron que a Winston Moya Rodríguez, alias “Cuerpo de Perro”, le fue encontrado un vaso con 46 piedras de *crack* al momento de su deceso.”³⁸

En el Elías Blanco actualmente hay dos expendios de drogas muy pequeños. Uno de ellos es propiedad de las hermanas de uno de los pandilleros entrevistados (apodado el Llorón). Algunos han sido desmantelados por la policía. Pero no hay lo que suele llamarse un “cartelito” (una zona fuerte de expendios) ni un “capo” local. No hay “muleros” (muchachos que venden droga en las calles). Los expendios no son tan prósperos como para pagar este servicio de entregas a domicilio. Quizás por eso la pandilla tiene menos armas industriales. El Elías Blanco no es el único en esta situación: tampoco Macaraly tiene capos ni cartelitos. Otras pandillas sí los tienen, pero no es la norma.

³⁷ Rodgers, noviembre 2004.

³⁸ García, Ernesto, “Policía encontró crack a víctima de homicidio”, *El Nuevo Diario*, 3 de marzo de 2006, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/2006/03/03/sucesos/13992>

Contra el pronóstico de quienes tenían a las pandillas como principal foco de crímenes, en 2005-2009 el declive de actividad pandilleril coincidió con una aceleración de la delincuencia y un alza en la tasa de homicidios: la tasa de denuncias saltó de 1,898 a 2,871 por cada 100,000 habitantes, la de robos con fuerza pasó de 390 a 565 y la de homicidios se mantuvo todo el lustro en 13 por cada 100,000 habitantes, la más alta de las dos últimas décadas.³⁹ Estudios en la región han demostrado que las maras y las pandillas son responsables de una porción muy pequeña de los delitos, incluyendo los homicidios.⁴⁰

El retiro de gran parte de la ayuda externa redujo las intervenciones de los organismos no gubernamentales en su cobertura geográfica y en la frecuencia de sus visitas.⁴¹ Las promesas de acompañamiento, becas y capacitaciones tuvieron magras concreciones y finalmente sus ejecuciones se vieron truncadas. Este descenso coincide con los relatos de los pandilleros retirados sobre pequeñas escaramuzas y venganzas que los llevaron a sumar sus fuerzas junto a las nuevas generaciones para atacar a los rivales o defender su barrio. Viejos pandilleros ejecutan venganzas y caen víctimas de sus rivales.

Las pandillas del Schick se han reactivado en los últimos tres años (2010-2012). Nuevamente aparecen en las páginas rojas de telenoticieros y periódicos. Esta reaignición se estuvo gestando y mostrando ocasionales tentativas de activarse desde 2007, año a partir del cual militantes del FSLN ofrecieron dinero, armas, municiones, transporte e impunidad a los pandilleros activos y retirados que quisieran participar en “espontáneas” contra-manifestaciones de represalia para reprimir a los opositores que protestaron contra sucesivos fraudes electorales y medidas arbitrarias.⁴² No es posible atribuir la reaignición enteramente a ese factor, pero sin duda el mismo jugó un papel nada desdeñable, a juzgar por la coincidencia en el tiempo y vinculación causal de los dos fenómenos. En cualquier caso, los hechos permiten que sea razonable formular la hipótesis de que la violencia con fines políticos actuó como impulso y legitimador de otras formas de violencia.

Sin embargo, tanto en la actualidad como en las anteriores fases, las pandillas no son una plataforma con fines económicos ni una carga onerosa para la comunidad en que residen, salvo en episodios muy puntuales. De acuerdo a los periódicos y a declaraciones de los mismos pandilleros, “Los cholos” es una pandilla más sofisticada y puede ser considerada una pequeña banda delincuencia. En anteriores estudios sólo identifiqué un caso de alguien que declaraba que la pandilla era una plataforma para robos violentos:

Sofía, miembro de la famosa pandilla de los Comemuertos, quizás la más violenta del país, confiesa con orgullo: "Nosotros éramos de los gruesos, todos éramos grandes. No andábamos haciendo cualquier cosa como los

³⁹ Policía Nacional, *Anuario estadístico 2012*, Managua, pp.19-21.

⁴⁰ United Nations, Office on Drugs and Crime, *Crime and Development in Central America: Caught in the Crossfire*, United Nations Publication, May 2007, pp.16-17.

⁴¹ Castán, José María, “Nos preocupa el nuevo rumbo de la cooperación internacional”, *Envío*, no.346, enero 2011, <http://www.envio.org.ni/articulo/4290>

⁴² Rocha, José Luis, “Street gangs of Nicaragua” in *Maras: gang violence and security in Central America*, University of Texas Press, Austin 2011, pp.105-120, p.119. Rocha, José Luis, “On the Track of Political Gangs: Has Mara 19 Been Born in Nicaragua?”, *Envío*, number 329, December 2008, <http://www.envio.org.ni/articulo/3921>

*chateles que les gusta sólo andar tirando morteros, robando carteras, cadenas...y se corren. No; nosotros andábamos armas de las buenas, asaltábamos a los carros que entraban a vender al reparto, como los de la TANIC y los TIP-TOP y otros. Nos metíamos en las chantis (casas) a robar todo lo bueno que hubiera y no nos importaba matar a seis que fueran. Y sin compasión.*⁴³

Pero ésta fue una declaración atípica. Las pandillas nicaragüenses (a diferencia, por ejemplo, de las maras guatemaltecas y hondureñas y sus presuntos vínculos con el narcotráfico⁴⁴, o de las salvadoreñas y su persistente recurrencia a las extorsiones⁴⁵) no son una fuente de ingresos. No se es pandillero para robar. No todos los pandilleros roban. Los que roban, lo hacen como una actividad "extracurricular": de forma individual o en grupos de dos o tres, y no como parte de las actividades pandilleriles. Aun cuando algunas pandillas pedían un robo como rito de iniciación, no era una petición continua.

La única actividad que hace el nombre de la pandilla es la "cateadera", las peleas. Ellas convocan al grueso de los pandilleros. Las peleas -y no el robo ni las drogas- ocupan el lugar central en la vida y actividades de la pandilla. Las peleas son el motor de las pandillas. La sospecha -fundada o no- de que en el barrio vecino existe una pandilla organizada y que puede atacar en cualquier momento, crea la necesidad de una asociación para asegurar la protección mutua. Esto forma parte del sistema de creencias de las pandillas, de acuerdo a las cuales la posibilidad de ataques hace necesaria la organización de los jóvenes del propio barrio: la necesidad de protección contra los ataques de las pandillas rivales incentiva a los jóvenes a unirse a la pandilla.

Violencia y lucha han sido integrales a las pandillas desde sus orígenes. La violencia provee de un predominante sistema mítico entre los pandilleros y está constantemente presente. ¿Cómo se desata la violencia? César sostiene que "el traído con otros empieza cuando llegan a nuestro barrio a desbaratar chantes. Claro que nosotros vamos a otros lados a desbaratar sus chantes, pero eso es por venganza. Esa es la honda. Ellos venían un día y nosotros íbamos otro día. Desbaratando los chantes en otros barrios es que se arman las grandes turquiaderas. Varias veces le desbaratamos el chante al Gordo Cristóbal. También desbaratamos el chante de Moya. Con tubos doblamos las verjas de su casa, y entre ellas dejábamos ir los morterazos." El mayor despliegue de violencia no se realiza en el marco de un robo.

Los robos no hacen fama. Las peleas hacen curriculum, generan prestigio, mejoran los activos intangibles de la pandilla. La venganza es la forma de garantizar un saldo positivo, evitar el balance que termina en números rojos. La pandilla del Elías Blanco

⁴³ Rocha, José Luis, "Pandillero: la mano que empuña el mortero", *Envío*, no.216, marzo 2000, <http://www.envio.org.ni/articulo/994>

⁴⁴ Arnson, Cynthia J. y Eric L. Olson, *Organized Crime in Central America: The Northern Triangle*, Woodrow Wilson Center Reports on the Americas, no.29, September 2011, p.10.

⁴⁵ Sobre extorsiones de mareros en El Salvador, ver Cruz, José Miguel, "Central American maras: from youth street gangs to transnational protection rackets", *Global Crime*, 11: 4, 2010, pp.379-398, p.382. De hecho, estas actividades no son propias de todas las maras, sino sólo de la Mara 13 y Mara 18, según muestra el estudio de Roberto Barrios. Barrios, Roberto, "Malditos: Street Gang Subversions of National Body Politics in Central America", *Identities: Global Studies in Culture and Power*, no.16, 2009, pp.179-201, pp.179 y 195.

no ha perdido su prestigio en el barrio. No atacan a sus vecinos ni roban dentro del barrio. Se enorgullecen de estar muy unidos.

IV. EL BARRIO ELÍAS BLANCO EN EL REPARTO SCHICK

El barrio Elías Blanco es uno de los numerosos barrios que componen el conglomerado de vecindarios marginales conocido como Reparto Schick, una urbanización que surgió en 1963 con la donación de terrenos nacionales hecha por el doctor René Schick - presidente de Nicaragua en 1963-1966- a un grupo de precaristas que anteriormente habitaban a orillas de un enorme cauce en el barrio 14 de septiembre y posteriormente a dos oleadas de damnificados por inundaciones en el lago de Managua. En 1976 el sociólogo Reinaldo Antonio Téfel lo describió así: “Las cuatro etapas del Reparto Schick, forman realmente cuatro barrios diferentes con población trasladada de diversas villa-miserias. Este traslado no significa mejoras de vivienda, sino solamente solución del problema de la tenencia del terreno. Al trasladarse de su lugar de origen, desarmen sus casuchas y las vuelven a levantar con el mismo material en el nuevo lugar.”⁴⁶ También describió al Schick como grupo de barrios periféricos y separados de la ciudad, “comunicados con el casco urbano por caminos de tierra, muy polvosos en verano y lodosos en invierno. Cuando llueve mucho se dificulta el transporte, quedando con frecuencia incomunicados debido a los cauces que cortan el camino por falta de puentes.”⁴⁷

La primera etapa –núcleo original del barrio también conocido como Macaraly- pronto fue expandiéndose en terrenos y población hasta absorber de 52,942 a 76,028 habitantes según el Censo Nacional 2005⁴⁸, conectar al sur con el lujoso residencial Las Colinas y al norte con el mercado Roberto Huembes, y florecer barrios de considerable extensión: Villa Cuba, Francisco Salazar, Walter Ferreti, Sócrates Sandino, Naciones Unidas y Milagro de Dios, entre otros. Los barrios del Reparto Schick contienen entre el 25 y el 36% de la población del distrito V y entre el 5.6 y el 8% de la población de Managua.⁴⁹

En 1999 el Reparto Schick ya era considerado por los altos mandos de la Policía Nacional como el más peligroso de la capital, reputación que ha mantenido por más de una década.⁵⁰ Y aunque considerado individualmente ninguno de los barrios del Schick alcanzó entonces ni registra actualmente la visibilidad mediática ni la fama de territorio

⁴⁶ Téfel, Reinaldo Antonio, *El infierno de los pobres. Diagnóstico sociológico de los barrios marginales de Managua*, Ediciones el Pez y la Serpiente, Managua, 1976, p.23.

⁴⁷ *Ibíd.*, p.22.

⁴⁸ La primera cifra sólo incluye la población de los barrios que forman el núcleo central del Reparto Schick y la segunda incluye barrios aledaños que suelen ser considerados como parte del Reparto Schick por sus pobladores (ver cuadro en el anexo II). INIDE, *Managua en cifras*, marzo del 2008, http://www.inide.gob.ni/censos2005/CifrasMun/tablas_cifras.htm

⁴⁹ INIDE, op. cit.

⁵⁰ Entrevista con el Comisionado Hamyn Gurdián el 17 de marzo de 1999. También ver Rodríguez, Elida, “Asesinan a estudiante en Reparto Schick”, *La Prensa*, 2 de junio de 2011, <http://www.laprensa.com.ni/2011/06/02/sucesos/62307>

sin ley que tuvo y tiene el barrio Jorge Dimitrov⁵¹, el volumen de la sumatoria de los barrios del Schick le asegura una permanencia consuetudinaria en páginas de sucesos, reportes policiales y memoria colectiva como escenario de violentos enfrentamientos juveniles.

El barrio Elías Blanco tenía 2,102 habitantes de acuerdo al censo de 2005 y está ubicado junto al extinto Cine Schick, en cuyo cascarón ahora se asienta una modesta pizzería. El Reparto Schick ha experimentado la conculcación de espacios recreativos que han padecido todos los vecindarios, con independencia de su ubicación social. Los cines y tiendas importantes han cerrado, vencidos por la concentración de la recreación y el comercio más florecientes en los cuatro nuevos *malls*: Galería Santo Domingo, Metrocentro, Plaza Inter y Multicentro Las Américas, áreas impersonales de trato con desconocidos. Comer, beber o simplemente “vitriñar”⁵² es algo que hace años se dejó de hacer en el barrio. La producción y el comercio local -zapatos, ropa y hojalata- han sido noqueados por los bultos de segunda mano procedentes de los Estados Unidos y por la potería *Made in China*. Los individuos –y no todos- resuelven esta situación: se desplazan hacia las nuevas localizaciones de los espacios de ocio y comercio. La colectividad aún no logra digerir el cambio. La lucha de las pandillas por un territorio tiene un sentido de recuperación simbólica de los espacios colectivos y de la vida comunitaria, cuya ausencia Ferdinand Tönnies y Georg Simmel estiman característica de las ciudades, donde la población tiene lazos débiles, se encuentra socialmente atomizada y tiende a la violencia.⁵³ La introducción de la droga y el comercio de armas instrumentalizan la lucha por la recuperación de la comunidad y le dan una dirección imprevisible e irreversible, un tono crudo y un resultado letal.

⁵¹ Valencia, Roberto, “Barrio Jorge Dimitrov”, ElFaro.net, 10 de octubre de 2011, <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201110/cronicas/6045/>

⁵² Contemplar las vitrinas de los establecimientos comerciales.

⁵³ Rodgers, Dennis, “Slum wars of the 21st century: The new geography of conflict in Central America”, Working Paper no.10, Crisis States Research Centre, LSE, London, 2007, p.7.

V. EL ACCESO A SERVICIOS PÚBLICOS EN LA ERA DE LAS EXPECTATIVAS DISMINUIDAS

En esta quinta incursión en el Reparto Schick decidí cambiar escenario de investigación. Mi último trabajo de campo –en 2007- lo realicé en el barrio Augusto César Sandino, controlado por la pandilla La Pradera, que en ese momento estaba completamente apaciguada.⁵⁴ Aquel trabajo de campo debía medir el éxito de una intervención contra la violencia. La Pradera era un modelo de pandilla reconvertida, transformada en un grupo de “líderes de paz”, según reza la etiqueta que les dio el Centro de Prevención de la Violencia (CEPREV). Por eso de entrada descarté esa pandilla y su territorio. En los primeros días de agosto de 2012, sin embargo, recibí la información de un enfrentamiento entre La Pradera y Los Billareros. Pero esto no lo sabía al iniciar la investigación. Me decidí por Los Rampleros del Elías Blanco, cuya tercera o cuarta generación se mantiene activa. Los Rampleros se consideran herederos directos de Los Dragones, una de las pandillas más legendarias de la capital, surgida a finales de los años 80. En el barrio aún habitan algunos veteranos de esa pandilla, ahora dedicados al comercio de pinesol⁵⁵, la actividad más recurrida en ese barrio. Las ganancias oscilan entre los 150 y los 200 córdobas diarios⁵⁶ y, si así lo deciden, pueden trabajar los siete días de la semana. La mayoría de los pandilleros que entrevisté obtenían sus ingresos legales por ese medio, pero el día de la entrevista estaban “de vacaciones” por diversos motivos.

En un callejón de tierra, donde antes solía estar la famosa rampla de la que tomó su nombre la pandilla del lugar, sentados sobre una piedra de precario equilibrio, en el espacio más público y democrático del que podía servirme, dimos curso a las entrevistas. A la vista pública se tiene que hacer una actividad que no puede ser secreta. Las bachatas y cumbias en las radios sin reposo de los vecinos, las conversaciones a gritos de una a otra acera y el pregón comercial magnificado y diseminado por los altavoces del perifoneo -¡Se compra chatarra!, ¡Se venden cebollas, tomates, chiltomas...!- fueron el *sountrack* de la jornada.

Los muchachos esperan su turno conversando, fumando, oliendo pega y tomando licor. Para eso se sirven de la calle. Daimaku, mi vaqueano y garante de mi credibilidad, los retiene y entretiene en la cuneta de enfrente. De vez en cuando abandona el grupo y se acerca para intervenir en la entrevista manifestando confianzas que buscan y tienen el efecto de incentivar la confianza y atizar la conversación. Es obvio que ha participado en talleres y entrevistas similares: sabe qué temas son los que me interesan y repite el

⁵⁴ Rocha, José Luis, “Du télescope au microscope : trois membres de pandillas témoignent, deuxième partie”, *Dial*, revue mensuelle en ligne, samedi 1er mars 2008, <http://www.alterinfos.org/spip.php?article1986>

⁵⁵ El pinesol es un líquido empleado para limpiar y aromatizar pisos. Jóvenes y adultos del Elías Blanco, independientemente de su sexo, compran pinesol en el mercado de mayoreo, lo distribuyen en pequeñas bolsitas plásticas y lo venden en barrios de clase media para resolver los apuros de amas de casa y trabajadores domésticas.

⁵⁶ Entre 6.34 y 8.46 dólares, según la tasa de cambio oficial del 3 de agosto de 2012: 23.6479 córdobas por cada dólar estadounidense.

discurso *mainstream*. Intento hacerle preguntas que lo saquen del terreno de lo políticamente correcto, procuro desmontar su personaje.

Sin embargo, el personaje es también revelador: la reiterada petición “Queremos canchas, lugares donde jugar deportes, lugares donde divertirnos; queremos que nos regalen pelotas” no es necesariamente un cliché que los entrevistados toman del discurso dominante y repiten ante el investigador en un vano intento de pedir lo que se figuran que para él es socialmente aceptable. También puede ser interpretado como una nostalgia –posiblemente inducida por padres y abuelos- de espacios colectivos perdidos. Es un acto sintomático de una pérdida formulada como utopía. Los habitantes de Managua que pasan de 50 años viven añorando la Managua que fue reducida a escombros por el terremoto de 1972. Han transmitido la idealización de esa Managua a sus hijos y nietos, y la refuerzan con la añoranza de los años 80, época en que las políticas redistributivas del sandinismo claramente optaron por la ciudad, manteniendo un subsidio casi total al transporte colectivo, el agua, la energía eléctrica, etc. Los managuas viven de múltiples nostalgias. El carácter de luchadores por un territorio que tienen los pandilleros hunde sus raíces en esas nostalgias. La suya es una utopía arcaica, una utopía situada en el pasado.⁵⁷ Éste es uno de los muchos elementos que no ha sido tomado en consideración por las políticas públicas que han incentivado –por medio de subsidios a las empresas turísticas- una concentración de las oportunidades de ocio -del ocio legítimo y conspicuo- en zonas alejadas de los barrios populares.⁵⁸

Gradualmente los cigarrillos, la pega y el alcohol van desmontando las inhibiciones y los muchachos se animan a relatar sus aventuras: los robos, los asesinatos, las tragedias personales y familiares. En contraste con entrevistas hechas en años anteriores, me resulta llamativo el declive de sus expectativas. Hace diez años se soñaban casados – “con una muchacha decente”, insistían-, con hijos, trabajando como electricistas, migrando a los Estados Unidos, con un récord policial impoluto. Algunos iban por esa ruta. Habían dado los primeros pasos al establecerse con una pareja e integrarse a una de las cientos de iglesias evangélicas que misionan en el Reparto Schick. Su récord policial era un obstáculo insalvable para conseguir un empleo formal, pero su expediente social se iba limpiando. Pertenecer a una iglesia les daba una especie de carnet de muchachos “sanos”.⁵⁹

Hace años podían soñar. Dejaron de hacerlo. Han corrido los años y su situación no ha mejorado. Su perfil socio-económico es muy similar. Los de entre veinticinco y treinta

⁵⁷ Se trata de una forma de conservadurismo cultural que incluye una exaltación de lo local. Ver Vargas Llosa, Mario, *La utopía arcaica*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp.29-35.

⁵⁸ Para profundizar en esta dinámica, presentada como una rebelión de las élites que desimbricaron de la ciudad toda una capa del tendido urbano para construir una red fortificada mediante la seguridad privada y avenidas de alta velocidad, ver Rodgers, Dennis, “Disembedding’ the city: crime, insecurity and spatial organization in Managua, Nicaragua”, *Environment&Urbanization*, Vol.16, no.2, October 2004, pp.113-124.

⁵⁹ “Los estatus están claros: sano o vicioso, decente o vago (...) Las iglesias y otras instituciones contribuyen a definir los estatus. Y a cada estatus corresponden distintas obligaciones y roles. No se espera de un vago lo mismo que de un pandillero. El rol de un pandillero y el de un sano generan diferentes expectativas. Pero es la actividad de las pandillas la que marca el ritmo y las leyes: cuándo es temporada de guardarse en casa y cuándo el ambiente está despejado, por dónde transitar, hasta qué horas pueden llegar al barrio los desconocidos.” Rocha, José Luis, “Pandillero: la mano que empuña el mortero”, *Envío*, no.216, marzo 2000, <http://www.envio.org.ni/articulo/994>

años de edad aún viven con sus padres. A lo sumo llegaron a estudiar hasta tercer o sexto grado, y algunos son analfabetos.⁶⁰ La mayoría tienen hijos, con dos o tres mujeres distintas, pero no viven con ellos ni los mantienen. Varios entrevistados dejaron de ser pandilleros hace ocho o diez años, pero no consiguen empleo fijo. Trabajan vendiendo bolsitas de pinesol. Por eso la enseñanza de oficios no significa nada. Una situación típica es la de Daimaku, que estudió repostería en los cursos dominicales del colegio Inmaculada Concepción, en el barrio Camilo Ortega. Cada domingo, al llegar al colegio, les entregaban 30 córdobas como viáticos y estímulo monetario. Fue becado por el CEPREV. “Sé hacer queques, bocadillos, pizzas; sé hacer el volteado de piña; sé cuántos minutos se tiene que hornear una torta para que no se queme ni quede muy cruda”, me dice Daimaku con visible orgullo. Animado por sus nuevas habilidades, metió su solicitud de trabajo en varias panaderías sin ningún resultado. No descuidó la meca de las pastelerías del Schick, la Duya Mágica, recurrida para todos los cumpleaños y plantada sobre la avenida Isidro Centeno, a la altura del barrio Urbina. Daimaku no tiene tatuajes visibles. Todos sus tatuajes laten ocultos bajo su ligera camiseta. Carece del aspecto fiero que otros pandilleros han cultivado. Pero sabe que la mayoría de las veredas de sus encrucijadas vitales conducen a un solo destino: un modesto oficio no calificado e informal, y el confinamiento a la casa de su madre. Ni siquiera retiró su título de repostero. El título no presta lo que la posición y el expediente social niegan. Daimaku seguirá yendo al semáforo donde todos los días –de 7 a 9:30 am- limpia vidrios de los vehículos que esperan la luz verde. Éste es el mercado laboral a la mano. Ése y la venta de pinesol.

Una madre me señala a su hijo y exclama: “Le enseñaron soldadura, pero no quiere trabajar. No le gusta.” Por la manera evasiva como abordan este tema, da la impresión de que la mayoría no ha hecho intentos de conseguir trabajo. El bloqueo está relacionado con diversos factores, cuyo peso relativo sólo una encuesta puede mostrar:

1. Los jóvenes se resisten a someterse a un régimen de trabajo sistemático y abandonar su estilo anárquico de obtener ingresos. Un trabajo fijo supone un drástico cambio en su estilo de vida.
2. Los muchachos evitan exponerse al rechazo y por eso ni siquiera intentan solicitar trabajo. Sospechan –o han comprobado reiteradamente- que su apariencia y su fama –sobre todo si intentan conseguir trabajo dentro del barrio- les cierra las puertas.
3. Los ingresos que obtendrían desempeñando un oficio son bastante inferiores a los que se consiguen mediante la venta de pinesol, la limpieza de vidrios en los semáforos, el lavado de vehículos en un parqueo, el robo o la venta de marihuana y *crack* (el costo de oportunidad de cambiar hacia una actividad legal como fuente de ingresos es alto y fácilmente constatable y representa una razón de mucho peso).
4. En una sociedad donde los beneficios y el ejercicio de los derechos es un asunto de “conexiones”, carecen del capital social para ubicarse laboralmente.
5. Los oficios para los que están preparados tienen una demanda muy limitada en la restringida área geográfica y relacional en que se mueven. Muchos de ellos sólo tienen relaciones con otros habitantes del Reparto Schick, donde hay un número muy reducido de soldadores, ebanistas o panaderos, que administran pequeñas empresas semi-familiares de escasa generación de empleo.
6. Aunque estén capacitados para el oficio, los empleadores eventualmente pueden requerir otras habilidades para su desempeño. Por ejemplo, llevar las cuentas, saber cobrar, anotar deudas, etc. Para esto se requieren habilidades básicas que se adquieren en la escuela. La mayoría de los muchachos son analfabetos o apenas han cursado unos años de primaria.

⁶⁰ Dos en una muestra de doce: casi el 17%.

La oferta de servicios educativos es un tema clave. Varios de los entrevistados intentaron cursar su secundaria en el Colegio Elías Blanco. Pero ellos trabajan y sólo pueden estudiar por la noche. La directiva del colegio terminó suprimiendo el de la noche debido a los cortes de energía eléctrica.⁶¹ Las fallas en un servicio terminan con otro servicio en un efecto dominó.

El Estado y sus ramificaciones son apenas perceptibles y muy deficientes. Otros actores, fuera de las iglesias, no los asisten o han dejado de llegar. Los muchachos no saben del INJUDE ni de otras instituciones estatales. Nunca han recibido visitas de Mi Familia. No saben nada del centro de capacitación ubicado en la Dirección de asuntos juveniles de la Policía Nacional. La cobertura de todos estos organismos es muy focalizada, debido a las limitaciones de personal. El comentario habitual de los entrevistados es el que me repite el Llorón: “Aquí no viene nadie, nadie. Nadie nos visita y ayuda. A veces nos convocan en la escuela y nos dan charlas. Aquí sólo venía el CEPREV, pero ya dejaron de visitarnos.” Las visitas se suspendieron hace tres años, precisamente el tiempo en que se reiniciaron las trifulcas entre pandillas. Un factor de pacificación muy apreciado era el hecho de que la directora del CEPREV, Mónica Zalaquett, solía ayudarlos a agilizar la liberación de los muchachos que estaban detenidos en las estaciones de la policía. Los muchachos insisten en que se sienten abandonados por el CEPREV, que no les dio ninguna explicación de su retiro. “Llegan y se van”, es la percepción sobre los profesionales que se les aproximan. Aplica también a mi acercamiento. Por eso insisten en saber cuándo regresaré al barrio. La policía es el rostro más visible del Leviatán, pero destaca por su ambigüedad.

⁶¹ Los cortes de energía eléctrica son racionamientos encubiertos que se aplican en barrios marginales y que no están afectando las zonas residenciales.

VI. LA RELACIÓN CON LA POLICÍA

Con apoyo de la cooperación externa, la Policía Nacional instaló una subestación de policía junto a la escuela Macaraly, en la primera etapa del Reparto Schick. La estación se sitúa en un punto del contorno del territorio que dominan Los Cancheros. Su objetivo es contener las peleas entre pandilleros y la criminalidad en general, pero sólo consiguió desplazar los escenarios de las batallas desde la zona de los Cancheros hasta la que había sido una tradicional zona de los Billareros, donde por más de un lustro no hubo peleas significativas.

Pero el problema principal es que la presencia no fue acompañada de otra tónica en el acercamiento. La Policía Nacional sólo interviene en el barrio para hacer operativos. Así lo explica el Ramplón: “Aquí sólo vienen a hacer operativos los majes. No voy a decir mentiras: aquí fumamos, huelemos, bebemos, pero no la robamos a nadie, no jodemos a nadie. La pasamos tranquilos aquí en la esquina. Pero de repente llega la policía y al rato nos quitan la pega y nos dicen ‘Vamonós, vamonós’, y nos dan un turcazo, así de puro aire. Y yo me les pongo al brinco a los majes. Varias veces he tenido pleito con los guardias porque ellos vienen y bam, bam, bam, bam, te dejan ir una ristra de turcazos. Nosotros no estamos molestando a nadie. Tal vez sólo estamos bebiendo y ellos dicen ‘No queremos ver bolo a nadie’. Y es que eso no es así, también. Nosotros queremos tener una relación tranquila, nada de agresiones.”

La presencia de la policía se ha incrementado, pero es inversamente proporcional a su aceptación social. La policía ha perdido prestigio a nivel nacional, perceptible en el terreno de las ocupaciones de estupefacientes. Las incautaciones de cocaína han ido en declive. 2008 fue el año pico, con la captura de 15.3 toneladas de cocaína. En 2009 sólo se capturó la mitad. Después de un repunte de 10.4 toneladas en 2010, en 2011 hubo otro descenso a 6.9 toneladas de cocaína.⁶² La policía ha deteriorado su credibilidad y sus relaciones con la DEA, como consecuencia de la falta de fe del embajador estadounidense en la capacidad de la Primer Comisionado de ejercer un control real sobre la policía, giro copernicano en la relación Policía Nacional-DEA reflejada en cables de Wikileaks.⁶³

A nivel del barrio también ha sufrido un desprestigio por la práctica de cobrar sobornos a los expendios de drogas. Los patrulleros son percibidos como parásitos de los “cartelitos” que afloran por todo el Schick y que constituyen una fuente importante de ingresos para muchos pobladores. Por eso el Plan Coraza ha sido visto como una manifestación de hipocresía destinada a fracasar. El Plan consiste en instar a niños de primaria y secundaria a que marquen con pintas condenatorias las paredes de los expendios de droga, una actividad que va a contrapelo del principio (esencial para la supervivencia en los barrios) de no ser un “bombín” (soplón, delator).⁶⁴ En una charla brindada al equipo de Envío, Roberto Orozco calificó estos operativos como “pura manipulación mediática para que digan que la Policía está hombro con hombro con la

⁶² Policía Nacional, Anuarios policiales 2008-2011.

⁶³ EEUU: “Granera perdió el control de la Policía”, Confidencia.com.ni, 1/5/2011, <http://www.confidencial.com.ni/articulo/3855/eeuu-ldquo-granera-perdio-el-control-de-la-policia-rdquo>

⁶⁴ Rocha, José Luis, marzo 2000.

comunidad contra los expendios de droga en los barrios. Siempre hay una reacción mediática cuando la institución necesita legitimarse porque enfrenta problemas.”⁶⁵ Este tipo de operativos no es en modo alguno novedoso. Es un calco de un programa mexicano del que el escritor José Agustín da cuenta: “Como no lograron contener la erupción de bandas, Arturo Durazo, el entonces director de la policía capitalina, amigo del presidente y notorio narcotraficante, cambió de táctica y propuso a los chavalos banda que se volvieran soplones, o que de plano se enrolaran en la policía, pero los chavos banda eran virulentamente antiautoridades, y la propuesta no prosperó.”⁶⁶

La reputación de la policía también se ha deteriorado por las vejaciones a las que han sometido a pandilleros y otros jóvenes, según relatan algunos: “Me tuvieron preso en una celda preventiva –explica Daimaku-, ahí por la cancha de los chilamates. En la celda los policías me agarraban y me golpeaban. Me decían que dijera quiénes eran los que andaban en las pandillas. Me decían “Dicen que ahí metieron unas pistolas. Decilo y te soltamos. Si no, aquí vas a pasar tu buen rato’, como intimidándome, pues. Entones yo les decía ‘No, yo no sé nada’. ‘¿Cómo no vas a saber nada, si vos pasás metido en las pandillas?’ y pam, me metían un golpe en las costillas para que yo hablara. Pero no hablábamos nada. Porque si hablábamos la agarrábamos del cuello con los del barrio por bombines. Dentro de la estación me golpeaban. Después yo le contaba a la jueza. Es que cuando uno va a los juzgados, la jueza pregunta si a uno lo han golpeado. Pero a veces es malo hablar de la policía, porque si uno no sale libre, los policías son bandidos y lo meten a uno en otra celda para que nos golpeen los demás reos.” El Llorón confirmó la prudencia que hay que tener: “Hay una canción que dice ‘La lengua no tiene hueso; es muy difícil de controlar.’”

En 2004 un estudio de la Vanderbilt University reportó un 54.2% de confianza hacia la Policía Nacional nicaragüense. Curiosamente esa cifra reflejaba menos confianza que la depositada en las policías de El Salvador (64.6%) y Honduras (56.7%) y sólo era superior a la de Guatemala (39.6%).⁶⁷ Pero era una cifra elevada. En 2009 la empresa encuestadora M&R Consultores registró un drástico descenso en la confianza de población nicaragüense en la Policía Nacional: apenas 17.9% dijo tener mucha confianza, un 52.6% de la población dijo tener sólo una confianza parcial y un 29% declaró tener ninguna confianza.⁶⁸ Es posible que en el lapso de 2004 a 2009 la confianza hacia el cuerpo policial se haya deteriorado porque su imparcialidad y apartidismo han sido persistentemente cuestionados por la oposición al FSLN. Pero la revisión de otras encuestas muestra fluctuaciones y no una tendencia sostenida. Un estudio de Ética y Transparencia desde el año 2005 reflejó un 31% de desconfianza en la Policía.⁶⁹ Pero independientemente de los fluctuantes datos cuantitativos arrojados por encuestas, la percepción de los entrevistados insistía en una menor confianza que se puede remontar al menos al año 2007.

⁶⁵ Orozco, Roberto, “El narcotráfico ya ha desarrollado mucho músculo y está generando mucho dinero”, *Envío*, no.365, agosto 2012, <http://www.envio.org.ni/articulo/4566>

⁶⁶ José Agustín, 2008, p.109.

⁶⁷ Seligson A., Mitchell, *The Political Culture of Democracy in Mexico, Central America and Colombia, 2004*, Vanderbilt University, p.23.

⁶⁸ Loáisiga López, Ludwin, “Ejército saca mejores notas que la Policía Nacional”, *La Prensa*, 12 de octubre de 2009, http://archivo.laprensa.com.ni/archivo/2009/octubre/12/noticias/politica/354057_print.shtml

⁶⁹ Nevitte Neil y Luis Serra, “Democracia y cultura política en nicaragua”, Universidad Centroamericana – Ética y Transparencia – Instituto Nacional Demócrata, 2005.

La triple política policial –palizas, complicidad con los pandilleros vecinos y aplicación del modelo preventivo– ha suscitado una ambivalencia afectiva entre los pandilleros. Éstos manifiestan una buena opinión sobre sus vecinos policías. Sobre otros policías, los “externos” al barrio, tienen una visión muy distinta desde hace más de un lustro: “Nos dan catos y nos dicen que somos basura, bacterias, lacra. Nos dicen: ‘si ustedes se mueren, son una bacteria menos para la sociedad.’ Cuando estamos presos en la estación, se roban la comida que nos llevan y dejan que otros nos roben la ropa que llevamos puesta.”⁷⁰

La contraprestación masiva a este tipo de actitudes represivas de la policía ha consistido en poner nuevamente en circulación la palabra “guardia” para referirse a los policías. “Guardia” es un adjetivo marcadamente peyorativo porque equipara la actual policía con la Guardia Nacional de Anastasio Somoza. Esta vuelta de tuerca en las relaciones con la policía ha legitimado y multiplicado los enfrentamientos contra la misma, dotándolos de un heroísmo extraído de la mitología revolucionaria. De ahí que se multipliquen noticias donde los pandilleros hieren con severidad a oficiales de la policía: “Francisco Abelino López de 36 años de edad, un agente de investigaciones antidrogas de Plaza del Sol, fue agredido salvajemente a machetazos por miembros de la pandilla “Los Comemueertos” el sábado a las ocho y media de la noche, cuando el afectado se dirigía a unos quince años de la hija de uno de sus vecinos en el reparto Schick.”⁷¹

Hace seis años el periodista y analista político William Grigsby sostuvo que “los ciudadanos nicaragüenses han fijado hace mucho tiempo sus propias prioridades en el trabajo policial: enfrentar adecuadamente la delincuencia juvenil -pandillas-, el narcomenudeo -y por lo tanto, su más cruel consecuencia, los drogadictos-, los asaltos callejeros, los robos en las viviendas, el abigeato, las estafas de cuello blanco y la usurpación de la propiedad ajena.”⁷² En este tipo de enfoque la policía aparece como el antibiótico en la denominada “salud pública”. Cuando la sociedad está débil, se aplica el antibiótico policial para eliminar los “anticuerpos”. Pero no es sólo la aplicación de este modelo –en detrimento de la retórica sobre el trabajo comunitario– el factor que más marca la relación entre pandillas y policía. Existe un aspecto muy importante de la relación con la policía, que merece el tratamiento aparte que le daré en el siguiente acápite.

⁷⁰ Rocha, 2007, pp.78-79.

⁷¹ González Silva, Moisés, “Los Comemueertos en orgía de sangre”, *El Nuevo Diario*, 19 de julio de 1999, <http://archivo.elnuevodiario.com.ni/1999/julio/19-julio-1999/sucesos/sucesos4.html>

⁷² Grigsby, William, “La Policía Nacional ante siete desafíos colosales”, *Envío*, no. 293, agosto 2006, <http://www.envio.org.ni/articulo/3334>

VII. ARMAS, POLICÍAS Y MUNICIONES: LOS PROVEEDORES DE MUNICIONES

La tecnología es un elemento decisivo de todo enfrentamiento bélico intergrupal. Este hecho no sólo lo supo Hannah Arendt cuando apoyándose en Engels dijo que “la violencia - a diferencia del poder o la fuerza- siempre necesita herramientas” y que “la revolución tecnológica, una revolución en la fabricación de herramientas, ha sido especialmente notada en la actitud bélica.”⁷³ También lo enunció el Revoliático cuando señaló que “la pandilla con armas más pesadas es la que más acalambra a sus traidos”.

Sin embargo, hay un punto significativo en el que la práctica pandilleril se aparta sustancialmente de las constataciones de Arendt sobre la escalada armamentista de la guerra fría: la posesión de armas de mayor calibre, como el lanzagranadas en manos de Los Cancheros reportado por el periodista Carlos Salinas⁷⁴, no tiene el efecto disuasivo que Arend atribuyó al armamento nuclear.⁷⁵ En manos de las pandillas del Elías Blanco, el parque de guerra es una especie de trofeo, una garantía momentánea de la superioridad bélica y un detonante de una serie de ataques de violencia incremental. Un parque de guerra superior permite imponerse en una batalla, especialmente si el golpe es sorpresivo.

Pero esa imposición no es duradera. Los “traidos” buscan una venganza regida por el principio de pagar con creces: el volumen de los daños y bajas debe ser siempre mayor. La intervención de la policía puede imponer un frágil equilibrio si apresaa a los principales líderes, privando a la pandilla ofensora de algunos de sus cuadros principales, es decir, produciendo temporalmente las bajas que hubiera generado un enfrentamiento o una venganza con blancos muy específicos.

Las armas y la dotación de municiones reflejan el nivel de conexiones y prosperidad. El capital social y el capital financiero rinden frutos en forma de capital bélico. Por eso las dotaciones de armas pueden variar enormemente de una pandilla a otra, a veces con la complicidad y colaboración de los progenitores. Esta relación está ejemplificada por el relato de Cabeza de hacha:

“Los del Pablo Úbeda venían aquí con pistolas y AKs, pero nosotros los sacábamos a pedradas y machetazos. Ellos están mejor armados que nosotros porque hay pandilleros cuyas mamás tienen tramos en el Mercado Oriental, tienen tiendas de zapados y ellos recogen dinero entre todos y compran una pistola. Las mamás les dan el dinero para que ellos compren las armas y las escondan. Ellos salen afuera a comprarlas. Las compran lejos para confundir a la policía. Mientras más largo, mejor. Todas son armas ilegales. Como aquí no teníamos posibilidad de comprar las armas, hacíamos las pistolas hechizas, con tubos, con unos hules y un punzón que sirve como percutor. Les metíamos las balas de AK y les tirábamos los vergazos para podernos defender. Nosotros mismos las hacíamos artesanalmente. Cortábamos un hierro en forma de “ele” y encima le poníamos dos tubos pequeños, bien soldados, le amarrábamos los

⁷³ Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp.10-11.

⁷⁴ Salinas Maldonado, Carlos, “Vivir y morir en el Reparto Schick”, *La Prensa*, 18 de octubre de 2009, <http://archivo.laprensa.com.ni/archivo/2009/octubre/18/suplementos/domingo/355342.shtml>

⁷⁵ Arendt, 2008, pp.9-10.

hules de la tiradora con un cuero en un extremo para sujetar un punzón, lo guiñábamos y le metíamos la bala de AK adentro. A ese punzón nosotros le dábamos filo para que quedara una puntita finita. Y entonces, pum, al pegar el punzón con la punta sobre detonador, la bala salía. Pero, eso sí, nos dilatábamos porque teníamos que halar de nuevo, sacar el casquillo con un hierro y meter el otro tiro. En esos momentos los otros sacaban pistolas de verdad y nos atacaban.”

Aunque los lanzamorteros eran de uso frecuente en la edad de oro y las pistolas hechizas empezaron a ser recurridas en 2000-2004, la variedad, formas y perfeccionamiento ascendieron de forma gradual hasta alcanzar una clonación y precisión notables en los últimos años. La industria de las armas hechizas se desarrolló particularmente en la última etapa (2010-2012). Actualmente todas las pandillas del Reparto Schick suman, a los tradicionales lanza-morteros, las chimbas o escopetas hechizas y las pistolas para detonar balas de AK, de 38 y de 22.

Las municiones industriales –tiros de AK, escopeta, revólver 38 y otros- son muy accesibles en los últimos años. La policía y el ejército son las principales fuentes de aprovisionamiento, de acuerdo a la versión de Daimaku: “Las balas las comprábamos ilegalmente. A veces venía un bróder aquí a venderlas y nos ofrecía un paquete de cincuenta balas de AK. O las buscábamos. Ya sabíamos qué bróderes tenían papás en la policía o el ejército y siempre tenían en venta. Y nosotros se las comprábamos a dos o tres pesos. Casi siempre comprábamos cincuenta o veinticinco tiros de AK. También comprábamos calibre 22 o cartuchos para escopeta. Esos sí eran más caros. Nos vendían a diez pesos cada cartucho.”

Miembros activos de la Policía Nacional y el ejército son los principales proveedores de municiones. Los policías que viven en el Reparto Schick están muchas veces cercanamente emparentados con los pandilleros. Son familiares suyos, amigos suyos. “El Pelón”, pandillero muchas veces maltratado por otros policías, reconoce el distinto talante de los policías de su barrio: “Aquí viven policías. Son tuanis con nosotros. Sólo nos piden que los respetemos. Si hay una cateadera ni se meten ni llaman a los otros policías. Hasta nos vendían tiros de pistola y regalaban balas de AK-47”.⁷⁶

⁷⁶ Rocha, José Luis, “El traido: clave de la continuidad de las pandillas”, *Envío*, número 280, julio 2005, <http://www.envio.org.ni/articulo/2982>

VIII. LA VERSIÓN DE MADRES Y PADRES

A este mundo de armas y municiones las madres y los padres tienen un acercamiento diverso. Los hay colaboradores. Algunos optan por negar que sus hijos tengan un papel proactivo en la violencia que afecta el barrio. La mayoría insiste en que sus hijos no escuchan los consejos ni aprecian sus esfuerzos por “sacarlos de la vagancia”. No necesito buscar a los padres de familia y otros adultos. Cuando pasan junto a nosotros ya están informados de lo que hacemos e intervienen de manera espontánea. Quieren compartir su punto de vista. Quieren hacer prevalecer su visión. Justificarse, quizás. Concitar la complicidad de otro adulto en torno a un drama inexplicable. La mayoría de quienes se acercan son madres de los muchachos. Una de ellas provoca la huida de su hijo. Ambos viven en el barrio Naciones Unidas, territorio de Los Cartoneros. Muy de madrugada su hijo Giovanni se levanta, desayuna y se va al Elías Blanco, donde están sus amigos de infancia y la pandilla a la que debe fidelidad. La madre se queja de que nada de lo que hacen los padres y las instituciones produce resultados: “El CEPREV estuvo viniendo. Les dieron charlas. Pero, en cuanto dejaron de venir, ellos volvieron a lo mismo. Yo le plancho a doña Mónica [Zalaquett, directora del CEPREV] y le cuento lo que aquí pasa. Pero con estos chavalos no hay manera.” Como otros padres de familia, ella dice aconsejar a su hijo. Muchos otros padres también dicen hacerlo.

Esta versión no es refutada por los hijos. Los hijos reconocen ser amonestados por los padres: “Somos duros de oídos”, admiten. También reconocen el daño que les hace la droga, pero tanto la vida del vago en la que están envueltos –“larga y dura es la vida del vago”, me explica uno de ellos- y las drogas son una especie de destino ineluctable. No es una realidad de la que puedan evadirse, a no ser que exista un punto de quiebre en sus vidas: el pavor ante la muerte –“cuando vi cómo la apiaron todos los dientes a un bróder, yo me aparté”-, una súbita conversión religiosa –“acepté a Cristo”-, el temor a lo que pueda pasarle a la familia –“la familia es la que siempre paga, a ellos las pasan las cuentas; los traídos vienen y te matan a un tío o una hermana”- o emparejarse y tener hijos, un evento del que los “traídos” hacen caso omiso, a juzgar por los casos de pandilleros retirados y con vida conyugal que son asesinados.

Padres y madres de los pandilleros procuran salvar o lavar su imagen: “Mis hijos no buscan peleas; ellos defienden nuestro barrio.” No se trata de una declaración de mala fe. Ésta es efectivamente la perspectiva de cada cual en una cadena de venganzas cuyos orígenes nadie puede ya rastrear. Padres y madres no hacen más que repetir el discurso oficial de la pandilla local. El desacuerdo se centra en la intolerancia ante “la vida del vago”: los progenitores no están de acuerdo en que los muchachos pasen el día en la calle consumiendo drogas, pero no hay un punto de fisuras en cuanto a la violencia: sus hijos mantienen una actitud defensiva; la pandilla ya no existe; son los pandilleros de otros barrios quienes intervienen para activar estallidos de violencia.

Las relaciones paterno-filiales a menudo son fragmentarias. Dejar ver muchas tragedias desatendidas. Los padres suelen imprimir un sesgo violento en la relación. El hermano menor de Maule, un pandillero particularmente violento y borracho consuetudinario, cuenta cómo su padre lo lanzó varias veces contra el piso de una gasolinera en un ataque de furia. Le rompió la cadera. Pacha cuenta que a su padrastro lo tuvo que dejar “cagando en bolsa” (con una colostomía) por la puñalada que le propinó en el abdomen, harto de las peleas entre su padrastro y su madre. Caliche es huérfano. Se crió en la

calle. Se baña cuando alguien le permite usar su baño. Desayuna donde una anciana que le paga con comida su trabajo matutino de barrer y botar la basura. El Cejas tuvo que criar a sus hermanos menores. Todas las tardes –de cinco a nueve de la noche- barre el piso, enciende el fuego y limpia las mesas en una venta de carne asada y queso frito frente al mercado Roberto Huembes. Su madre y su padre los abandonaron desde muy pequeños. De vez en cuando los vista su madre ebria, una nulidad en su mundo afectivo. El Reparado, veterano de los Dragones y luego destacado miembro de los Rampleros, es hijo de un comisionado de la policía que nunca hizo vida marital con su madre. Le dicen el Reparado porque una camioneta lo impactó, arrastrándolo varios metros, cuando a los once años de edad él vendía chicles en el semáforo de la Colonia Centroamérica. Su rostro quedó completamente deformado: tuvo múltiples fracturas, la mandíbula quedó desecha, la piel fue quemada por la fricción y perdió todos los dientes. Los otros vendedores retuvieron al conductor, que había intentado darse a la fuga. El conductor –a quien el Reparado pinto como exitoso empresario- le daba dinero regularmente, lo invitaba a su lujosa casa de dos pisos a comer (donde era atendido por la compasiva madre del conductor) y le había prometido pagarle una cirugía plástica y una prótesis dental en unos años. La promesa no pudo ser cumplida porque el comisionado, generalmente ausente en la vida de su hijo, intervino para presionar al empresario-conductor en busca de una jugosa indemnización, con lo cual sólo consiguió que el conductor se diera definitivamente a la fuga, vendiendo sus propiedades en Nicaragua y saliendo del país. El Reparado siente un fuerte resentimiento hacia su padre el comisionado. Estas tragedias compartidas son presumiblemente uno de los elementos cohesionadores, el denominador común que posibilita engarzar sus vidas.

La mayoría de los muchachos viven con sus madres. Algunos viven también con sus padres biológicos o, más a menudo, con padrastros de reciente incorporación a su núcleo familiar. Algunos se expresan positivamente de esos padrastros. Pero, como mencioné anteriormente, son impermeables a sus consejos. El asunto es: ¿por qué los padres han perdido su autoridad y su poder de coerción? Una hipótesis cultural está relacionada con el papel de los medios de comunicación y su tendencia no sólo a mostrar cuán *cool* puede ser la desobediencia, sino también a borrar las fronteras y hacer caso omiso de las diferencias entre adultos y niños.⁷⁷

Otra hipótesis plausible podría basarse en un cambio en las condiciones materiales de subsistencia: los hijos ya no dependen económicamente de sus padres; los ingresos que ellos generan son iguales o incluso superiores a los aportados por los padres. Aunque este enfoque puede sonar excesivamente materialista, cabe mencionar que el antropólogo guatemalteco Ricardo Falla encontró también esa erosión de la autoridad paterna en comunidades indígenas del altiplano guatemalteco donde en los años 60 el soporte material de la autoridad –la herencia de la tierra- había desaparecido tras años de fragmentación y herencia del minifundio hasta llevarlo a una mínima expresión, es decir, a una situación en la que la amenaza de “desheredar” dejó de ser el mecanismo de presión mediante el cual los padres imponían una determinada novia a sus hijos.⁷⁸ El comercio emergió como nueva base del poder y actividad para la cual la nueva

⁷⁷ Allen, David, “Is Childhood Disappearing?”, *Studies in Social and Political Thought*, Centre for Social and Political Thought, Issue 6, March 2002.

⁷⁸ Falla, Ricardo, *Quiché rebelde*, Editorial Universitaria, Universidad San Carlos de Guatemala, Guatemala, 2007, p.217.

generación estaba mejor dotada.⁷⁹ De manera similar, la institución de ser un “hijo de dominio” perdió su base material y su aplicabilidad cultural en la Nicaragua actual de los barrios marginales, donde la precariedad del trabajo informal y las lumpen-ocupaciones ofrecen más y mejor remuneradas oportunidades a los jóvenes. El circuito mercantil generado por las drogas es un elemento que acelera los cambios. Esta nueva dinámica del poder se expresa en forma de distanciamiento paterno/filial debido a que el difícil tránsito que siempre supone la adolescencia está siendo problematizado por la perplejidad de progenitores que no saben cómo gestionar una dinámica que rompe con el esquema patriarcal clásico de “padre dominante/hijo de dominio”, pero que continúa marcada por un apego a “la familia como ámbito de protección” en un mundo lleno de amenazas.⁸⁰

El otro elemento de distanciamiento entre progenitores y jóvenes en riesgo es la indiferencia que los adultos muestran ante “las ondas” de los jóvenes. Esta no es una novedad. Suele ser la norma. Pero, en este caso en particular -tratándose de una población que ha requerido especial atención y millones en programas sociales- la negligencia es más grave. Los padres, madres, policías, trabajadores sociales de los distintos ministerios, etc. han descuidado ocuparse de la mitología que sirve de soporte ideológico a las actividades pandilleriles.

⁷⁹ Falla, 2007, p.145.

⁸⁰ Esta revalorización de la familia fue estudiada en Sotelo, Melvin, Los jóvenes: otra cultura, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1995, pp.50-69.

IX. REFLEXIONES FINALES

Finalmente, quiero enfatizar algunos elementos que aparecieron en esta exploración etnográfica, algunos de forma desarrollada, otros de manera no tan explícita.

1. Las pandillas no son un fenómeno persistente, lineal y ascendente (o descendente) en el tiempo, sino intermitente. Condiciones del contexto puedan variar sus expresiones, intensidad, perfil de la membresía y actividades. Las pandillas aparecen, desaparecen y reaparecen. Las pandillas pasan por períodos de letargo y luego se reactivan.
2. La relativa pacificación de la pandilla en el Elías Blanco coincidió con la pacificación de la pandilla la Pradera, del Augusto César Sandino. En ambos casos hubo una notable intervención del CEPREV. Pero su letargo también coincidió con la pacificación de la pandilla de Macaraly, donde ningún organismo intervino. Es posible que la pacificación de unas pandillas tiene un efecto expansivo sobre otras (donde escasean los rivales con quienes luchar, no hay peleas). Pero también hay que considerar la hipótesis de que pacificación tenga elementos causales en otros ámbitos ajenos a un proyecto gubernamental o no gubernamental.
3. La autoridad paterna-materna ha experimentado una degradación que puede tener múltiples causas. Existe una causa material de mucho peso: muchos jóvenes tienen ingresos iguales o superiores a sus padres (en un contexto económico de casi nula estabilidad laboral, el volumen de los ingresos adquiere un peso mayor como dispositivo material de poder). Los padres no pueden ejercer su coacción de la misma forma que antes. Intentan ejercer el poder (generalmente por la fuerza física), pero no pueden ejercer la autoridad, que carece de base material.
4. El entrenamiento laboral tropieza con múltiples dificultades para cuajar en alternativa viable. El obstáculo más obvio es la limitada oferta de empleo. Un obstáculo menos vivible pero de creciente importancia es la oferta de lumpen-empleos y empleos en el comercio informal regularmente remunerados. Esta alternativa hace que la dedicación a un oficio tradicional (carpintero, panadero, soldador) tenga muy altos costos de oportunidad.
5. Es preciso poner atención a la rebelión pandilleril como factor contestatario del sistema y no como brote delincencial. En este sentido rescato el hallazgo del escritos mexicano José Agustín: “En la contracultura el rechazo a la cultura institucional no se da a través de militancia política, ni de doctrinas ideológicas, sino que, muchas veces de una manera inconsciente, se muestra una profunda insatisfacción. Hay algo que no permite una realización plena.”⁸¹ “La contracultura ha generado incomprensión y represión franca en la mayoría de los casos. La contracultura es un fenómeno político. (...) El sistema diagnostica todo esto como “romanticismo que pasa con el tiempo”, pero, de cualquier manera, no deja de apretar tuercas. Como piensa que ser joven equivale casi a ser retrasado mental, no escucha razones ni planteamientos que se le hacen y en cambio, sin soltar el garrote, presiona para que el muchacho acepte acriticamente lo que se le dice, para que sea dócil y se deje encauzar por los bien pavimentados carriles de la carretera de las ratas. Si el joven no acepta, entonces

⁸¹ José Agustín, op. Cit., pp. 129-130.

se le regaña, se le desacredita, se le sataniza y se le reprime, con una virulencia que varía según el nivel de pobreza e indefensión. La de la contracultura es una historia de incompreensión y represiones.”⁸²

6. Los tatuajes, la raigambre de la mitología de Dragon ball y las entrevistas con los pandilleros nos muestran que no estamos frente a un caso de anomia. Los pandilleros conocen los valores predominantes, aunque deliberadamente rompan con ellos de forma temporal. El problema es que en las luchas pandilleriles la responsabilidad se diluye. Este es un fenómeno que Hannah Arendt observó en un nivel macro: “Como los resultados de la acción del hombre quedan más allá del control de quien actúa, la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad; en ningún lugar desempeña la Fortuna, la buena o la mala suerte, un papel tan fatal dentro de los asuntos humanos como en el campo de batalla.”⁸³ Esa participación del azar posibilita que la responsabilidad no sea asumida individualmente. Los pandilleros confiesan sus culpas de forma colectiva, hablando de un “nosotros”. Jamás dicen “yo disparé y lo maté”. El yo individual está en un segundo plano, diluido, evadiendo una responsabilidad personal.
7. “La tolerancia no puede seducir a los jóvenes”⁸⁴ es un aforismo de E.M. Cioran que fue refutado por las acciones del CEPREV. La tolerancia se convirtió en bandera de los jóvenes. Pero para ello se requirió el apoyo constante de unos adultos que se relacionaron con los jóvenes en una forma distinta al esquema autoritario-patriarcal. Quizás por el hecho de que esos adultos provenían de la clase media, los jóvenes experimentaron una apertura social, una aceptación social que trascendía las estrechas fronteras del Reparto Schick. Pero una vez que esos adultos se retiraron, la sensación de abandono y rechazo eclipsó los logros positivos y el retorno a la violencia emergió como expresión de reclamo, despecho, de rebelión ante la interrupción de un sueño en el que se les había abierto horizontes más amplios.

⁸² José Agustín, 2008, pp.130 y 131.

⁸³ Arendt, 2008, p.11.

⁸⁴ Cioran, E.M., *Historia y utopía*, Tusquets editores, México, 2012, p.20.